

Selecta

*Evelín
Mordán*

*El
retorno
de un sentimiento*

El retorno de un sentimiento

Los Kinsberly 5

Evelin Mordán

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial

Primera parte

Capítulo 1

Londres, 1816.

Había perdido la apuesta más ridícula de su vida, pero no podía negar que el precio lo estaba divirtiendo.

La fiesta estaba en su plenitud a tan solo dos horas de empezar, y más de uno había perdido la compostura con el champán que brindaban los lacayos. Las jóvenes damas bailaban invitadas por caballeros que cumplían con su deber de mantenerlas en la pista de baile y no en un rincón tras las altas columnas que rodeaban el elegante salón. William no tenía ni idea de en qué fiesta se había entrometido sin invitación, pero desde luego sus hermanos mayores estarían muy acostumbrados a ese tipo de eventos.

A su lado pasó un grupo de damas con coloridos vestidos y cintas a juego, riendo de forma discreta mientras criticaban a cierto caballero que no sabía los pasos de la cuadrilla que acababan de bailar. Will se echó a un lado y bajó la vista para que su sombrero de copa le cubriera el rostro; mientras más desapercibido pasase, mejor.

El reto era durar hasta bailar con una de las invitadas, después podría irse como si jamás hubiera asistido de forma tan indecente a una fiesta a la que no había sido invitado. Pero si lo descubrían, no dudaría en matar a sus amigos.

A veces, suspiró, pensaba que llevar el apellido Kinsberly era más una perdición que un lujo. ¿Tu familia es invitada a todos los bailes?, había sido la pregunta. Y él, en su poco habitual arrogancia, había respondido que sí. En menos de una hora, habían ido a su casa en Grosvenor Square y revisado todas las invitaciones que reposaban olvidadas sobre la mesa de caoba del despacho de Byron. Y, por increíble que pareciera, no había ninguna que mencionara una fiesta en el habitual salón de baile de alquiler Joulen's. Así que ahora estaba aquí, dando vueltas en la circular estancia vestido de etiqueta e intentando adivinar a quién podía sacar a bailar sin ser descubierto. Todas las jovencitas estaban en grupos, y eso significaría acercarse y presentarse a todas ellas, aumentando el riesgo de que su nombre fuese relacionado en los días siguientes con aquel evento al que su familia no había estado invitada.

Ofreció una disculpa a un caballero al que casi se lleva por delante al no levantar a tiempo la vista bajo su sombrero. Y entonces calló en algo que lo hizo frenar de golpe: estaba rompiendo las reglas de etiqueta, y eso estaba atrayendo la atención de varios invitados. Se quitó con rapidez el

sombrero que Tommy le había dejado para la travesura y lo dejó con disimulo sobre una mesa que había quedado vacía tras retirar la bandeja de aperitivos para rellenarla.

Los mataría a todos.

Estaba a punto de rendirse cuando la vio.

No entendió cómo no lo había hecho antes, si destacaba de entre todos los presentes. Era la única, aparte de él, que estaba sola. Observaba con aire tranquilo y satisfecho la pista de baile mientras danzaban un vals. Una leve sonrisa en la comisura de sus labios intentaba disimular el desasosiego de que nadie la hubiera sacado a bailar. William sabía que no había otra oportunidad mejor que aquella; tenía dos opciones: o invitar a aquella joven desconocida a bailar con él y saldar así su deuda, o engañar a sus amigos y fingir que había bailado sin parar las horas que estuvo en el baile. Pero eso sería mentir, y faltar al honor de su palabra, y si tenía algo claro a sus casi diecisiete años, era que la palabra de un hombre valía más que cualquier fortuna.

La muchacha seguía sin moverse cuando todos empezaron a cambiar puestos en la pista tras acabar el vals. Will esperó, algo le decía que lo hiciera, y segundos después ella comenzó a caminar hacia su dirección con la intención de ir algún lugar lejos del salón de baile.

Sin estar seguro de lo que hacía y dejándose llevar por el instinto de aventura que sentía en aquel instante, acortó los pasos que los separaban y la tomó de la mano adentrándola en la pista de baile en el momento que las primeras notas de la orquesta comenzaron a sonar.

—¿Pero qué...?

Sintió cómo se tensaba bajo su mano, que reposaba con delicadeza en la parte superior de su espalda. La joven miró a todos lados, al igual que él, pero nadie pareció darse cuenta de la forma tan inusual en que se habían unido a las demás parejas.

Por un momento pensó que iba a ponerlo en ridículo ante cientos de personas, pero ella siguió sus pasos y disimulo.

Cuando William miró hacia abajo se topó con una tormenta en unos ojos grises.

—¿Qué cree que hace, milord? —gruñó por lo bajo.

—En realidad —respondió él, en el mismo tono casi inaudible que ella—, no soy lord. Y la saco a bailar.

—Yo no lo conozco, no hemos sido presentados.

—Lo sé, de lo contrario sabría que no soy lord.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Quién es usted?

Will obedeció el ritmo del baile y le dio una elegante vuelta sobre sí misma. Cuando la volvió a tener de frente, la tormenta gris parecía más oscura que antes.

—¿Importa mucho? Al fin y al cabo, ha aceptado a bailar conmigo.

—No he aceptado nada, señor —masculló—. Usted me ha sacado a bailar sin presentarse y sin preguntarme.

—¿Y por qué está bailando?

—Porque no voy a armar un escándalo.

Él asintió.

—Buena elección.

—Si no me dice quién es ahora mismo, me dará lo mismo hacerlo.

—Mi nombre es William.

—¿Qué más?

Will lo pensó un momento.

—Kinsberly.

Ella abrió mucho los ojos ante su respuesta, algo que no pudo pasarle desapercibido.

—Veo que me conoce, después de todo.

—No lo conozco en absoluto, pero sé quién es su familia. Y no estaban invitados a mi fiesta.

Aquello no se lo esperaba.

—¿Esta es su fiesta? ¿Es su cumpleaños?

—No es ese tipo de fiesta —le gruñó por lo bajo—. Su familia no ha sido invitada, ¿qué hace usted aquí?

William no esperaba notar aquello, pero, comenzaba a sentirse dolido en nombre de su buen apellido.

—Mi familia es invitada a todas las reuniones sociales de esta ciudad.

—A esta no.

Él no apartaba la mirada de aquellos ojos grises que parecían querer atravesarlo con flechas. Se aventuró a bajar unos centímetros la vista, lo suficiente para estudiar el cuerpo menudo de su compañera de baile. No debía superar los quince años.

—Si no es su cumpleaños, ¿qué está celebrando? —preguntó él, olvidando el tema de su familia—. Es usted demasiado joven para que sea su presentación en sociedad.

—No tengo por qué darle explicaciones a un intruso —lo atacó ella—. En cuanto se acabe este vals, haré que lo saquen de aquí.

—Tan joven y tan amargada —dijo divertido.

Ella frunció los labios.

William intentó pasar por alto lo hermosa que se veía al hacer eso. Se había quedado cautivado por la ira de sus ojos grises y su diminuto cuerpo. Parecía una muñeca de porcelana, adornada con el esplendor de un día nublado en la mirada y un millón de pecas por todo el rostro.

—No me ha dicho su nombre, milady.

—Para usted seré simplemente milady.

El vals comenzó un ascenso de notas, lo que lo hizo guiarla dando elegantes círculos en sintonía con las otras parejas. Era un perfecto bailarín, no tenía nada que envidiar a ninguno de esos hombres diez años más mayores que él.

Pero, por muy agradable y divertida que la situación se hubiese tornado, no podía pasar por alto la amenaza de aquella desconocida.

—No es necesario que me eche, milady —dijo—. Bailar con usted era el placer que esperaba obtener para marcharme en paz.

—No le creo. Usted no sabía que era mi fiesta.

—Pero ahora que lo sé, no hay mayor gratificación que haber bailado con la anfitriona.

—Ha venido aquí sin invitación, señor, esto no va a quedar así. ¡Y me ha obligado a bailar! ¿Puede imaginarse en el problema que puede meterme? ¡No nos han presentado!

—Nos meterá en problemas a ambos si no baja la voz.

—Usted ya lo está —lo acusó ella con voz grave.

¿Cómo podía ser tan pequeña y tan irritante? Quizás tuviera más de cincuenta años con cara de ángel.

Pero William pensó bien sus palabras. Lo cierto era que, si estaba en lo cierto y era tan joven, sus padres estarían muy cerca en aquel momento, observando anonadados que su hija bailaba con un muchacho que no les había pedido el permiso que dictaban las normas sociales. Pero eso no era todo, él también podía meterse en problemas. Pues había dado su verdadera identidad, y ahora su familia podía verse involucrada en un escándalo por culpa suya. Ya se imaginaba los comentarios en las horas del té: el joven de la familia Kinsberly se escabulle en bailes privados en busca de diversión.

Ahora odiaba mucho más a sus amigos.

Para su fortuna, la última nota de vals sonó justo en aquel momento. Ella iba a decir algo, seguro nada agradable, pero Will fue más rápido y colocó su delgado brazo alrededor del suyo para guiarla hasta los jardines. La retirada de las parejas de baile contribuyó a que pasaran casi desapercibidos.

—¿A dónde me lleva? —preguntó indignada—. ¡Deténgase!

Pero William no paró hasta que cruzaron las altas puertas que daban al exterior del salón y bajaron los escalones que daban al jardín para después esconderse bajo la sombra del balcón.

—¡No se atreva a...!

La arrinconó con suavidad hasta la pared de piedra, totalmente cubiertos por la oscuridad, y tapó sus gritos con la mano enguantada.

—Escúcheme —musitó. Incluso en aquella penumbra podía vislumbrar el gris de sus ojos—, solo estoy aquí porque perdí una apuesta, ¿de acuerdo? El reto era colarme y bailar con una de las damas, lamento que haya sido justamente usted. —Ella gruñó contra su mano—. No digo que haya sido desagradable, milady, sino que no me esperaba hacerlo con la anfitriona de la fiesta.

Ella articuló algo gutural mientras entrecerraba los ojos y se encogía de hombros.

—No grite —la advirtió—. No pretendo hacerle ningún daño ni aprovecharme de su inocencia, ya me ha demostrado usted que no es para nada de mi agrado.

La joven frunció el ceño hasta que sus ojos tuvieron que cerrarse por la furia contenida.

Poco a poco, William liberó su boca, despacio, preparado para impedir cualquier grito. Ambos se miraron fijamente, estudiando al otro. Solo su propia respiración alterada le hizo darse cuenta

de lo cerca que estaban.

—¿Es que no tiene nada mejor que hacer, señor William? —masculló ella.

Ya no parecía tan molesta tras haberle explicado la verdad, y con ello se convenció que era tan o más joven que él. Una divertida sonrisa se dibujó en sus labios para responderle.

—Esto ha sido lo más divertido que he hecho en la última semana —dijo—. Aunque tengo que admitir que me voy muy herido, milady.

—¿Herido?

Él asintió.

—No me ha dicho usted su nombre, me ha amenazado, y no entiendo por qué no ha invitado a mi familia a su fiesta.

Ella bajó la vista.

—Yo estoy acostumbrado a sentirme apartado, en ocasiones, pero me extraña que hayan hecho lo mismo con todos mis parientes.

—No tenemos nada en contra de los Kinsberly, señor.

—No lo dudo. —La obligó a mirarlo al cogerla suavemente por la barbilla—. Yo le he dado una explicación, no estaría mal que usted me recompensara matando mi curiosidad.

Comenzaba a sentirse incómodo con la situación. Era evidente que ya no estaba molesta por haberse entrometido en su fiesta sin invitación, pero de pronto se veía muy molesta con sus preguntas, y eso lo estaba poniendo ansioso.

—No diré nada sobre su intromisión —le dijo mirándolo a los ojos—, pero váyase antes de que alguien se dé cuenta. Yo tengo que volver a la fiesta, mi padre me estará buscando.

Hizo ademán de irse, pero Will detuvo la marcha al cogerla por la cintura para retenerla.

—Dígame su nombre.

Ella miró el lugar donde estaba su mano y después levantó la vista hacia él.

—Por favor —musitó—, tengo que regresar.

Su mirada había cambiado.

William ya no vio una furia gris en sus ojos, sino un pasaje de lluvia cuando se acumularon lágrimas de preocupación. Preocupado por haberla asustado, la soltó de inmediato y dio un paso atrás, dejando espacio entre ambos. Ella lo miró agradecida y parpadeó un par de veces. Parecía que iba a decirle algo cuando de pronto escucharon una voz atronadora sobre sus cabezas.

—¡Bella!

William miró de forma instintiva hacia arriba y después se fijó en la reacción de, ahora lo sabía, Bella. Ella se llevó un dedo a los labios, rogándole silencio; estaba realmente asustada.

La culpabilidad llegó a él de golpe. La había metido en un problema, únicamente por querer ganar una estúpida apuesta. La observó con atención: respiraba con dificultad y se veía muy asustada ante la posibilidad de ser hallada en la oscuridad con él. Era lógico, por supuesto, su reputación quedaría manchada y, antes de finalizar la semana, estarían casados sin conocerse siquiera. Era una idea que tampoco lo entusiasmaba en absoluto.

Unos pasos resonaron sobre ellos hasta perderse en el interior del salón y los dos dejaron salir el aire contenido.

Tenía intención de disculparse y decir y hacer algo que la ayudara a sentirse mejor, pero ella pasó a su lado antes de que pudiera reaccionar y corrió hasta la escalera que daba acceso al salón de baile. William quería ir tras ella, pero la sensatez que tanto buscaba obtener lo advirtió de que ya había sido suficiente.

Capítulo 2

Con su nombre no iba a conseguir nada, pero no fue difícil saber su apellido al dejar caer durante el desayuno un vago comentario sobre la fiesta celebrada dos noches atrás en el Joulén's. Tal como imaginaba, las damas de su familia estaban al tanto de dicha celebración, y mientras comentaban algún rumor que había comenzado a circular sobre damas mal vestidas, accidentes en el cáterin y varios más que no le eran relevantes, por fin el dato que le interesaba llegó a sus oídos.

—Lady Bella Wislow, sin embargo, salió bien parada de todo aquello —comentaba Sofia mientras mecía suavemente a la pequeña Wanda para que volviera a dormirse.

William reprimió una sonrisa antes de llevarse el bocado de tocino con huevos revueltos a la boca. Las gemelas de su hermano Byron llenaban la casa de una alegría que no habían sentido hacía mucho tiempo.

Mientras disfrutaba del desayuno, recordó lo hermosa que estaba la anfitriona de la fiesta en la que había sido intruso. Por suerte, no había ningún rumor sobre que el joven de la familia Kinsberly se había colado en aquella fiesta sin autorización.

Lady Bella Wislow.

Así se llamaba la persona que no se había apartado de su mente desde hacía dos días.

Will pensó al principio que se había dejado cautivar por la adrenalina de su propia travesura, y que ahora era incapaz de dejar atrás lo que, era evidente, había sido un simple momento de confusión por lo hermosa que era. Pues nunca imaginó que durante su aventura conocería a la joven más hermosa de toda la ciudad.

Después otro sentimiento había acudido a su mente, y había sido la preocupación tras recordar su cara de angustia cuando escapó de él.

—No sé si es afortunada o desgraciada —replicó su madre, la viuda de Kinsberly—. Tan joven y ya tiene su destino escrito.

—Harley también es joven y dentro de pocas noches estará buscando un esposo, madre.

Georgina miró a su hijo mayor con reprobación.

—Harley va a cumplir diecisiete años, Byron, y tiene libertad de decisión.

—¿Desde cuándo, madre?

Todos miraron a la puerta. Su hermana gemela, Harley, se unía al desayuno con muy poco

humor. Pues, como siempre, los había encontrado hablando sobre ella.

William intentó retomar la conversación.

—¿Por qué lady Bella Wislow tiene el destino escrito? —preguntó. esperaba que su extraño interés pasara desapercibido.

Esta vez fue Sofía quien respondió.

—Al parecer celebraban su compromiso con un americano —dijo—. La pobre tiene los días contados en Inglaterra.

—¿Compromiso? —Casi se atragantó con media tostada en la boca.

—Dieron una generosa dote por ella —lo informó su madre—. Fue como una venta del mejor caballo. Desde luego, me alegro de que no hayamos sido invitados.

William evocó sus repetidas palabras de que podía meterla en problemas mientras bailaba con ella; ahora comprendía todo.

Sim embargo, lo que no lograba entender todavía era la razón por la que su familia no había sido invitada. Ellos parecían saberlo todo de esa familia de la que nunca había escuchado hablar. Ni si quiera recordaba haberlos visto en sus propios bailes.

—¿Ocurre algo, Will?

Byron lo miraba con curiosidad por encima del periódico que leía cada mañana. Su intriga comenzaba a ser sospechosa.

—No —respondió, dejando la servilleta sobre la mesa; se le había ido el apetito—. Pero me extrañó ver que ninguno de vosotros fuisteis a ese baile.

Y entonces, como si no estuviera lo suficientemente confuso, su hermano cerró el tema de conversación con una losa tajante.

—Nosotros nunca vamos a los eventos de la familia Wislow.

No tenía ganas de pasear aquella mañana, pero el ambiente en casa estaba tan poco agradable como lo estaba el cielo. No se sorprendería si en mitad del paseo una lluvia torrencial las sorprendiera a ella y a su doncella, algo que podía solucionarse llevándose uno de los carruajes, pero prefería caminar.

Dio la orden a Letty de salir en el momento en que leyó aquella carta por enésima vez. Aunque solo quisiera ahogarse en la soledad de su cuarto y dejar salir toda la furia contenida y la angustia que la consumía cada día más, sabía que con eso no iban a cambiar las cosas. Sin embargo, si se alejaba de aquella habitación llena de regalos no deseados podría inducir a la mente en pensar en algo más. Aunque solo fuera el sonido de los caballos arrastrando un carruaje.

Alargaron la llegada a la tienda de sombreros con pasos cortos y pausados, fingiendo que buscaban disfrutar del movimiento de la ciudad a aquella hora de la mañana. Las damas paseaban junto a caballeros vigilados de cerca por una carabina, las viudas o ya casadas mujeres de la alta

sociedad lucían sus nuevos vestidos de día para dejar claro que estaban bien casadas. Los niños menos beneficiados corrían de un lado a otro, haciendo recados de alguna gran casa que les prometía un trozo de pan si hacían bien los mandados.

¿Sería así en América? ¿Estaría todo tan dividido por las clases sociales?

Bella miró de soslayo tras ella, como si alguien hubiera dicho su nombre. Su doncella la miró, interrogante, y asintió para que continuaran.

Habían dado menos de diez pasos cuando volvió a sentir la extraña sensación en su espalda. Giró sobre sí misma y buscó entre la gente algún lacayo que la hubiera seguido por orden de su padre, pero no vio a nadie.

Y entonces lo descubrió.

Estaba de pie al otro lado de la calle, vestido tan elegante como un duque, con las manos tras la espalda y una leve sonrisa en los labios mientras la miraba directamente. Bella ahogó una exclamación al reconocerlo: el intruso de su fiesta.

Letty le preguntó algo que no pudo escuchar, todos sus sentidos se habían concentrado en el joven que tenía a unos metros de ella al otro lado de la calle. Antes de que pudiera siquiera reaccionar, lo vio caminar hacia ella esquivando los carruajes que cruzaban por la calle.

De forma instintiva, dio un paso atrás cuando lo tuvo justo en frente.

—Usted —musitó.

—Es un placer volver a verla, milady.

El recuerdo de los gritos de su padre tras haberla visto bailar con aquel muchacho volvieron de golpe a su memoria. Nunca había sentido tanto miedo como aquella noche; por un momento había pensado que volvería a castigarla con algo más que su atronadora voz.

—¿Milady? —Musitó inquieta su doncella.

—No pasa nada, Letty. —La tranquilizó con una media sonrisa. Lo cierto era que no sentía ninguna tranquilidad al volver a ver a aquel muchacho, no le había traído más que problemas—. ¿Puedo ayudarlo en algo, señor?

Él emitió una leve sonrisa.

—Interpreto que iban a dar un paseo; me encantaría acompañarlas, si usted me lo permite.

—Le recuerdo que no hemos sido presentados, señor Kinsberly.

—Solo William, por favor.

—No me tomaré tal libertad.

La gente los rodeaba para seguir su paso. Bella miró inquieta a su alrededor, sentía como si todo el mundo los miraba con desaprobación, pero ni si quiera Letty parecía darle importancia a la situación, pues le había dado la espalda y miraba con curiosidad el escaparate de la tienda más cercana.

Quizás no estuviese haciendo nada malo. No estaba sola, tenía una carabina. Y aquel muchacho parecía de buena familia y sus modales eran casi perfectos. ¿Cuántos años podía tener? Se comportaba como un caballero, pero aun así no podía evitar recordar que por su culpa había

recibido uno de los episodios desagradables de su padre.

—¿Lady Bella? —La sacó de sus pensamientos—. ¿Me permite?

Le ofreció su brazo, y ella lo aceptó pasando su pequeña y enguantada mano por su interior.

—¿Me ha estado siguiendo?

Él la miró un segundo con sorpresa antes de retomar el paso, con Letty tras ellos, en dirección al pequeño parque dos manzanas más allá.

—Digamos que no llevo muy bien contener mi curiosidad.

Ella frunció el ceño, intentando descifrar lo que estaba diciendo. La pregunta reiterada sobre su nombre en el baile llegó a su mente.

—Ha investigado mi identidad.

—Lady Bella Wislow —dijo él, confirmando su teoría—. La prometida del momento.

Bella detuvo el paso de golpe, él bajó la vista hasta sus ojos grises, interrogante.

—Un compromiso deja de ser un secreto cuando se celebra una fiesta para anunciarlo, lady Bella.

Su mirada no parecía acusatoria por haberle negado tanto su identidad como el verdadero motivo de la fiesta en la que se había colado como intruso para saldar una apuesta. No tenía derecho a juzgarla, de todas formas. Y, sin embargo, Bella se sentía extrañamente incómoda ahora que él sabía la verdad.

El resto del camino hasta el parque transcurrió en silencio. Le gustaba ir a aquella imitación de Hyde Park; no solía haber tanta gente, y podía disfrutar del suave murmullo del agua en la fuente que coronaba el espacio.

Se sentaron en el banco de piedra que estaba justo delante, y ambos miraron durante un rato cómo un niño jugaba a poner una mano sobre el agua sin llegar a tocarla. Letty guardó la distancia establecida para las carabinas sentada en el banco de al lado.

El joven William Kinsberly miraba a su alrededor mientras ella clavaba sus ojos en él. No podía negar que volver a verlo la había alterado; no había cesado de pensar en el baile que prácticamente la obligó a compartir con él. Ninguno de los caballeros con los que bailó esa noche lo superaba en modales y atractivo, a pesar de todos ser más maduros que él.

La curiosidad que sentía por él la había llevado a reírse de su osadía al introducirse en un baile sin invitación y tener la mala suerte de bailar justamente con la anfitriona. Sabía muy bien que de no haber sido ella, no habría revelado su identidad ni su secreto.

Debía de estar loco, no había otra explicación para que volviera a buscarla. ¿Es que no le daba miedo lo que pudiera pensar sobre él?

—Tengo entendido que pronto se marcha a América con su prometido.

Lo dijo sin mirarla, pero cuando se giró hacia ella y la encontró con los ojos clavados en él, el tiempo se congeló unos interminables segundos.

—Muy pronto, sí —dijo, cortando el contacto visual.

—Es muy joven.

—Eso nunca ha sido un factor importante a la hora de buscar marido.

—No debe superar los quince años —musitó él.

Bella volvió a mirarlo.

—Acabo de cumplir los quince.

Él frunció con gravedad el ceño, el temor a que la juzgara volvió con más intensidad.

—Ninguna de mis hermanas se casó tan joven.

—¿Alguna de ellas tuvo un matrimonio concertado?

—No. Tanto Grace como Amber eligieron con libertad a sus maridos.

Ella asintió.

—Lo sé. —Quitó una pelusa imaginaria de la falda de su vestido—. Pero no todas tenemos esa suerte.

—¿Lo conoce? —Bella lo miró sin entender—. A su prometido.

—Oh, sí, claro. Estuvo aquí hace unos meses, fue entonces cuando se hizo el compromiso. Pero se acordó no hacerlo público hasta ahora.

Una sinuosa sonrisa se dibujó en los labios del señor William.

—En sus quince años —afirmó.

—Así es, era una fiesta con doble celebración.

Él amplió su sonrisa y giró su cuerpo hacia ella para poder mirarla de frente. Con expresión teatral se llevó una mano al pecho.

—Le ofrezco mis más sinceras disculpas, milady, pues no la he felicitado —tomó su mano enguantada y depositó un casto beso sobre sus nudillos—. Feliz cumpleaños y prospera unión, lady Bella.

Al principio, su tono jocoso la hizo sonreír y seguirle el juego, pues la ironía en sí misma era divertida. Pero cuando alzó la vista hacia él, sus sonrisas desaparecieron y la inquietud volvió a ocupar su interior.

¿Qué le estaba pasando?

—Mi cumpleaños es dentro de dos noches —le dijo él, volviendo a la normalidad—. Mi hermana gemela y yo cumplimos diecisiete. Será su presentación en sociedad y mi despedida.

Aquello la sacó de su trance.

—¿Despedida?

—Sí, me marcho a estudiar fuera.

Bella no tenía hermanos, pero sabía que en las familias tan importantes y adineradas como los Kinsberly no había título para el más joven. Lo más habitual era que labrara su propio destino iniciando alguna profesión con la que adquirir sus propias riquezas.

—Espero que nadie vaya sin invitación a su fiesta —murmuró con ironía.

Él la miró de soslayo, sorprendido, y de repente ambos estaban inmersos en risas envueltos en complicidad mientras recordaban su aventura.

Pero para Bella esa aventura tuvo consecuencias, y los rugidos de su padre volvieron a su

cabeza acompañados de las campanadas que resonaban a lo lejos: hora de marcharse.

El momento se quebró cuando se puso en pie, acto que él imitó enseguida recalcando sus buenos modales. Unos pasos más allá, Letty asintió a su disposición para marcharse.

—Debo volver a casa —le dijo, mirando a todas partes menos a su rostro. Ahora que no estaban de costado ni caminando, podía darse cuenta lo alto que era—. Espero que tenga un buen día, señor William...

—Solo William.

—...Le deseo una feliz velada de cumpleaños, y para su hermana también.

Iba a dar un paso cuando él se adelantó y lo dio hacia ella, acortando la distancia que los separaba. Con su cercanía, le resultaba imposible evitarlo, así que finalmente alzó la vista hacia sus ojos color miel.

—¿He hecho algo mal? —preguntó él, confuso.

Bella negó con la cabeza.

—Lamento si buscarla le ha parecido excesivo —le dijo con las palmas hacia arriba en señal de paz—. Me pareció lo más lógico después de haberme entrometido en su fiesta y ni siquiera saber su identidad.

Sentía cómo crecía una presión en el centro de su pecho a medida que él hablaba. ¿Cómo podía ser tan joven y tan educado y caballero? Solo lo había visto dos veces, y estaba convencida no haber tenido una conversación igual con nadie en las veces que había compartido con la alta sociedad londinense.

—No debe preocuparse —le dijo—, no me ha molestado en absoluto. Ha sido una sorpresa.

—Espero que agradable.

Bella le sostuvo la mirada.

—Sí —susurró. Sus labios casi no emitieron sonido al decirlo, por lo que estaba segura de que él no la había escuchado. Pero entonces le dedicó una sonrisa que se vio reflejada en sus ojos del color del otoño, y supo que tenía que marcharse cuanto antes.

Sin darle tiempo a decir nada más, asintió y se fue lo más rápido posible, muy consciente de que tenía su mirada clavada en la espalda.

Capítulo 3

Los gritos resonaban en toda la casa seguidos del trueno de las puertas al abrirse y cerrarse con fuerza. Había recorrido todas las estancias del piso inferior y ahora la buscaba en la segunda planta, donde sin duda la encontraría al abrir dos puertas más.

Letty lloraba en alguna parte, angustiada por lo que pudiera pasarle a su señora, y Bella no podía hacer nada más que esperar su destino mientras abrazaba contra su pecho el puñado de cartas.

Una puerta más, y estaría perdida.

El miedo pudo con su mente, y antes de saber lo que estaba haciendo abrió la puerta del que era el dormitorio de su difunta madre y salió corriendo en la dirección opuesta a su padre.

—¡Bella!

Para acceder al piso inferior tendría que haber corrido en la otra dirección, pero sabía que él estaba cerca de las escaleras y no podía dejarse atrapar tan fácilmente. Su única opción era encerrarse en la habitación del final del pasillo, la de invitados, aunque solo le sirviera para ganar tiempo.

—¡Eres una insolente! —rugía tras ella—. ¡Vas a lamentar haberme desobedecido!

Un estremecimiento recorrió su espina dorsal; no podía dejar que la atrapara, no podía.

Y esa lógica la hizo darse cuenta de lo absurdo que era volver a esconderse en una habitación; él buscaría la llave y la abriría, o simplemente la echaría abajo. Buscó el valor que no tenía y dio media vuelta para enfrentarse a él justo cuando una enorme mano tiraba de su vestido de tarde.

La atrajo hacia sí sin apenas esfuerzo, él tan grande y ella tan menuda.

—Te dije que no volvieras a verlo, Bella —gruñó mientras la zarandeaba.

—Fue una casualidad, papá —gimió—. Te lo juro.

Él negó con la cabeza y la arrastró por el pasillo. Bella abrió con angustia los ojos llenos de lágrimas, no podía dejar que la llevara al cuarto vacío, donde acostumbraba a castigarla encerrándola con llave durante horas.

—Papá, por favor...

—Yo solo quiero lo mejor para ti, y tú te empeñas en desobedecerme y llevarme la contraria. —Se detuvo de golpe y la volvió a zarandear con fuerza, provocando esta vez que todas las cartas cayeran al suelo—. ¿Qué es todo esto?

Ella negó con la cabeza.

—¿Te has intercambiado cartas con ese don nadie?

—¡No! ¡Ni si quiera le conozco!

—¡Paseaste de su brazo por las calles, maldita sea!

Bella estuvo a punto de salir en defensa del joven, pero en ese momento estaba más preocupada de las cartas esparcidas por el suelo. Su padre no podía ver el contenido en aquellas hojas. Desde aquella noche en su baile de compromiso, había desahogado sus confusos pensamientos hacia William Kinsberly en cartas para sí misma. Comenzó con unas líneas inocentes en las que no se explicaba la excitación que sentía tras haberlo conocido, pero a lo largo de las horas y los días transcurridos, el impulso de plasmar en el papel las cosas que creía sentir había hecho que coleccionara un total de cinco cartas sobre aquel joven que no se apartaba de su mente.

Ignorando el dolor que le produjo zafarse a las malas de su agarre, se inclinó y las recogió lo más rápido que pudo. Alzó levemente la vista para calcular la distancia de las escaleras; podía conseguirlo.

—Vas a aprender la lección, Bella —mascullaba su padre sobre su cabeza—. No me gusta hacer esto, y lo sabes. Pero necesitas comprender cuál es tu lugar.

Ya las tenía todas, y él estaba distraído remangándose la camisa, podía escuchar la fricción de la tela al sufrir las arrugas. Era su momento.

—Lo siento, papá —susurró.

Con toda la fuerza que su pequeño cuerpo era capaz, al incorporarse lo empujó contra la pared. El inesperado ataque lo pilló desprevenido y Bella obtuvo el resultado esperado: había perdido el equilibrio y ahora caía de espaldas mientras intentaba agarrarse a algo.

No perdió el tiempo. Corrió escaleras abajo y salió a la calle sin preocuparse por hacerlo sin capa. La tarde estaba empezando a helarse, anunciando el inminente invierno, pero la excitación que recorría sus venas no la amedrantó ante la temperatura.

Abrazó sus cartas contra el pecho y caminó todo lo elegante y rápido que pudo, pues no eran dos conceptos muy fáciles de unir. No quería mirar atrás por miedo a ver a su padre salir tras ella y tener que empezar a correr; eso crearía expectativas en los transeúntes y en menos de veinticuatro horas se habría organizado un escándalo.

Había perdido la cuenta de cuántas esquinas había doblado y las calles que había recorrido, lo cierto era que no sabía en aquel momento dónde estaba.

La noche había empezado a caer, y ya nadie iba a pie. La calle amplia en la que se encontraba estaba llena de carruajes cubiertos que se dirigían posiblemente a cenar, al teatro o a algún baile al que, nuevamente, ellos no habían sido invitados.

Bella tenía frío, y pensaba seriamente en regresar a casa. Estaba convencida de que solo había empeorado las cosas, su castigo llegaría de todos modos, y ahora su padre tenía un aliciente más para darle una lección.

¿Qué opciones tenía? Si volvía, sería castigada con dureza, y si no lo hacía esa noche, la dureza

se convertiría en pura maldad.

Bajó la vista hasta sus cartas, arrugadas por retenerlas bajo sus brazos en tensión. Todo era culpa suya, pensó. Si él no hubiera asistido a su baile y no la hubiese obligado a bailar con él, no estaría pasando todo aquello. William Kinsberly había desordenado su mundo en apenas unos días, y lo peor de todo era que no hacía otra cosa que pensar en él.

Sabía que no era digno de una dama decirlo, pero: ¡maldita sea! Incluso después de haberle causado más problemas por su paseo en el parque, no podía arrepentirse de haber vuelto a verlo.

Su presencia era como una ráfaga de aire fresco para Bella. Y, aunque estuviera pasando por un infierno por haberlo conocido, no podía evitar dejar de pensar en él incluso en aquellos momentos.

Estaba prometida a un hombre que solo había visto una vez y que no le había producido el más mínimo sentimiento. Y de pronto llegó él, William Kinsberly, y la hizo ver una pequeña luz. Quizás se debiera a que era la única persona con la que había hablado sin haberlo ordenado su padre con anterioridad, pues no recordaba ninguna conversación que no estuviese supervisada por él.

La noche se estaba tornando muy fría y el vestido de tarde que llevaba empezaba a no ser suficiente. Debía volver a casa y enfrentarse a su destino. Por lo menos, pensó con pesar, lo había retrasado unas horas.

Pero entonces un carruaje que pasaba frente a ella se detuvo unos metros más allá, con alguien asomado por la ventanilla. El miedo recorrió su cuerpo ante posibles asaltantes, aunque la lógica le gritaba que los asaltantes no iban en carruajes lujosos.

Se quedó donde estaba mientras un caballero delgado y bastante alto bajaba y se dirigía con paso indeciso hacia ella; la luna no iluminaba lo suficiente por culpa de las nubes oscuras que querían cubrir la noche, así que no fue hasta tenerlo justo delante cuando lo reconoció.

—William...

Una sinuosa sonrisa dibujó sus labios al escucharla pronunciar su nombre, pero ambos estaban tan impactados por reencontrarse en aquella circunstancia que tardaron más de lo normal en articular palabra.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó él con una mezcla de preocupación y sorpresa.

Bella negó con la cabeza, temerosa de que si decía algo no pudiera contener las lágrimas.

—¿Bella?

Y entonces no pudo contenerse más.

El llanto se apoderó de ella por los sentimientos que llevaba toda la tarde controlando en su interior. Estrujó con más fuerza las cartas contra su pecho, incapaz de comprender lo que le estaba sucediendo con aquel joven, pues verlo aparecer había sido como el consuelo que necesitaba.

Las lágrimas rodaron sin control cuando él la cobijó bajo un abrazo tierno y casto que la hizo sentirse más segura de lo que se había sentido jamás. Aquello estaba mal, su conciencia lo sabía, pero en ese momento no deseaba estar en ningún otro lugar, y el abrazo de William Kinsberly

hacía que valiera la pena todo lo que estaba pasando.

—Háblame, por amor a Dios —le susurraba—. No comprendo nada, no deberías de estar aquí sola.

—Necesitaba estar sola.

—¿Pero por qué?

Ella negó contra su pecho, que encontraba reconfortante y cómodo. Fue entonces cuando se dio cuenta que iba vestido de una elegancia impoluta, con el más exquisito traje de gala. Ella tampoco podía comprender cómo podía ser tan joven y parecer un caballero de, al menos, cinco años más. Tenía la sensación de estar con alguien mucho mayor que ella, y eso la hacía sentir todavía más protegida.

William la apartó de sí con delicadeza y la obligó a mirarlo a los ojos. Con suavidad, secó sus lágrimas con el dorso de su mano libre de guantes, y el magnetismo de aquel gesto los dejó petrificados.

Will se inclinó hacia ella con lentitud, no parecía convencido de lo que quería hacer, y sintió cómo la mano que había limpiado sus lágrimas encajaba con la forma de su nuca cuando él la dejó allí. Bella podía evitar que las cosas siguieran complicándose, pero por nada del mundo quería romper el momento más mágico que sabía que iba a vivir.

Rozó la punta de su nariz con la de ella, dejó escapar el aire que contenían sus pulmones e hizo sentir en el aire que la temperatura subía unos grados. Y entonces deslizó sus labios hacia arriba, por el pequeño arco de su nariz, y le depositó un fuerte, aunque casto, beso en la frente.

—Ven conmigo a mi fiesta —le pidió en un susurro, todavía muy cerca de ella.

Bella intentó recuperar el habla.

—Hoy es tu fiesta de cumpleaños —recordó. Habían pasado dos días tras su paseo en el parque, lo suficiente para que alguien que los hubiera visto se lo hubiese dicho a su padre—. No puedo ir, William.

—Entonces dime qué haces aquí sola.

Ella estudió su rostro un momento, convencida de que podía confiar en él.

—Mi padre se volvió loco cuando supo que volví a verte.

—Entonces yo estaba en lo cierto —dijo—; tuviste problemas por aquel baile.

—No debía volver a verte.

—Y yo volví a crearte problemas al buscarte —concluyó él, angustiado—. Lo siento muchísimo, Bella. —Su disculpa fue acompañada de otro beso en la frente, más urgente que el anterior, y esta vez alzó una mano para dejarla sobre su hombro—. Pero puedo halar con lord Wordust, puedo presentarme formalmente.

—¡No! —dijo, apartándose de él.— No puedes hacer nada de eso.

Él frunció el ceño.

—Lo cierto es que estoy convencido de que ya sabe quién soy, y yo no haría nada que te pusiera en peligro.

—No se trata de eso —musitó ella.

Él volvió a abrazarla y a darle otro beso en la frente. Bella tuvo la sensación de que cada vez que lo hacía cruzaban una línea, pues no pudo evitar abrazarlo con fuerza mientras le demostraba su deseo de protegerla con aquel gesto.

—Creo que le debo algo muy grande a los ingratos de mis amigos —susurró apoyando su frente contra la de ella—, desde esa noche no te has ido de mi mente, y tengo la gran suerte de que siempre vuelvo a verte donde menos lo espero.

El beso llegó como lo había imaginado; despacio y mágico.

Bella agarró con una mano las cartas y cruzó los brazos por encima de sus hombros para sentir con más intensidad lo que fuera que estaba sintiendo.

En todo su cuerpo se estaba produciendo un estremecimiento desconocido, le temblaban las rodillas y sentía un peso casi doloroso en el estómago. William exploró sus labios con dulces y recatados roces, y después de pronto pellizcaba el labio inferior con los suyos. Así era besarse... su primer beso.

Abrió los ojos cuando él detuvo el contacto y lo encontró mirándola con la misma expresión de sorpresa que debía de tener ella.

—No he podido evitarlo —le dijo.

—Yo tampoco.

El sonido de otro carruaje acercarse los despertó de golpe y les hizo darse cuenta de que estaban en una calle desierta, solos, en la oscuridad. William miró a su espalda, donde seguía su carruaje, y volvió la vista hacia ella.

—No pueden verte aquí conmigo, los daños para ti serían irreversibles.

Bella asintió, angustiada. Ya tenía suficiente con la ira de su padre, no quería que a ello se sumara una reputación mancillada.

William tomó su mano y la llevó casi a rastras hasta su vehículo, donde prácticamente la lanzó al interior justo en el momento en que los caballos del otro carruaje daban la vuelta a la esquina. Entró tras ella y cerró la puerta, dejándolos a oscuras.

—Te llevaré a tu casa —le dijo, y antes de que pudiera decir nada le dio la orden al cochero por la pequeña apertura que conectaba a la parte delantera, que cerró tras reiniciar la marcha—. Te obligaría a ir a mi fiesta, pero sé que eso te causaría más problemas.

—¿Me obligarías? —preguntó casi divertida.

Él emitió una suave risa, culpable, y tomó sus manos libres.

—Dime que no me estoy imaginando nada...

Bella lo miró en la penumbra, comprendiendo a lo que se refería. ¿Cómo decirle que ella estaba sintiendo exactamente lo mismo? Nunca había sentido ni vivido nada igual, y no sabía cómo funcionaban las cosas del amor. Solo sabía que William Kinsberly se había introducido en su corazón.

—Es real —susurró.

Él acunó su rostro entre las manos y volvió a depositar suaves y delicados besos en los labios.

—Hablaré con tu padre, le pediré permiso para cortejarte.

—Pero ya estoy prometida, William.

—Pero no estás casada —dijo con urgencia, y afirmó su convicción llenándola de besos—. Tu prometido ni siquiera vive en Inglaterra, puedes deshacer el compromiso con facilidad.

Bella sintió miedo por el camino que estaban tomando los pensamientos de él, pero más temor sentía al darse cuenta de que anhelaba que todo cuanto decía fuera verdad y posible.

—Si rompes el compromiso podré cortejarte, y entonces no tendrías más problemas con lord Wordust.

—No conoces a mi padre...

—Pues haré que él me conozca, Bella —le dijo con una sonrisa mirándola a los ojos—. Sabrá que mis intenciones son honorables, sabrá a qué familia pertenezco y se sentirá seguro.

¿Podía ser?

—Esto es una locura, William —musitó.

Los dos se estudiaron un instante, justo cuando el carruaje se detuvo al llegar a su destino. Bella acarició las manos que la sostenían mientras se miraban fijamente a los ojos.

Quizás fuera una locura, pero era real.

—Lady Bella Wislow —susurró él contra sus labios mientras volvía a besarla—, ¿me permite usted cortejarla?

Envuelta en su dulce propuesta, asintió mientras dejaba que la besara una vez más. Salió de aquel carruaje envalentonada y convencida de que su vida estaba a tiempo de cambiar, y que William lo haría posible.

El destino siempre tiene cartas guardadas, y haberlo conocido solo podía significar que su vida tenía otra oportunidad que ni siquiera se había planteado.

Tal como imaginaba, Letty le había dejado la puerta principal abierta para su regreso, y entró sin demora. Se apoyó de espaldas mientras escuchaba el carruaje marcharse en el silencio de la noche. Y desechó el sentimiento de tristeza que sintió al no poder ir con él a su fiesta.

Corrió hasta su cuarto, convencida de que su padre estaría cenando o en la biblioteca y no se habría dado cuenta de su llegada, y no perdió tiempo en sentarse en el tocador con hoja y tinta preparada para empezar a escribir todo lo que sentía en una de sus cartas. Solo fue cuando se dispuso a guardarla junto a las demás cuando se dio cuenta de que no las tenía.

La tentación de leer el contenido de aquellas cartas lo estaba matando. ¿Serían cartas para su prometido? ¿Para alguna amiga? William tenía un sentido del respeto inculcado por su hermano Byron y su difunto padre que no le permitía leer algo tan privado como una misiva. Pero después de confesarle su interés a Bella la noche anterior, no podía evitar sentir una insana curiosidad.

La velada de su cumpleaños había ido exitosamente bien, a pesar de un pequeño conflicto con su extrovertida hermana Harley, pero su mente había transcurrido gran parte de la fiesta en una joven de ojos grises.

Sabía que estaba prometida, pero no sería el primer ni el último compromiso en romperse en la alta sociedad. Sin embargo, no quería causarle ningún daño a su reputación, pues ya era evidente que su familia no era bienvenida en todas partes al haber obtenido un título de forma poco convencional.

La inquietante afirmación de Byron sobre no asistir a nada que tuviera que ver con lord Wordust lo había llevado a investigar un poco por su cuenta con sus conocidos. El señor Wislow había adquirido el vizcondado de Wordust tras vencer a un irresponsable oponente que decidió jugarse el legado de su familia. En la sociedad en la que había crecido, apostar un título era poco común, pero cuando alguien lo hacía, y perdía, se juzgaba por igual al perdedor y al ganador.

De esa forma, el antiguo poseedor había sido repudiado de todos los clubs de caballeros, mientras que el nuevo debía de ser aceptado por derecho, pero no era aceptado por todos, y mucho menos respetado.

Sumergido en el dibujo que trazaba sobre el lienzo, recordó una vez más los momentos vividos con su dulce dama de ojos de tormenta.

¿Podía ser posible enamorarse de esa forma? ¿Tan rápido y con tanta intensidad? Era conocedor de varias historias de amor incalculables, pues estaban en su propia familia, pero jamás imaginó que tendría la dicha de encontrar el suyo tan pronto.

Ella había sido el mejor regalo de cumpleaños, saber que le correspondía era tan gratificante como el dibujo que acaba de hacer. Le gustaría guardarlo para sí, y poder verla cada vez que lo mirase. Pero lo había dibujado con la intención de regalárselo, y no podía aguantar las ganas de ver su adorable rostro de sorpresa.

Con todo el cuidado que sus grandes manos fueron capaces, enrolló la lámina sobre sí misma y la ató con un lazo rojo para evitar que se abriera. Después lo depositó en una caja alargada, pero con la amplitud justa para dejarlo dentro. No puso ninguna nota, sabía que no sería necesaria, y llamó a una doncella para que diera la orden de hacérselo llegar.

En la sala azul donde solían reunirse en familia al caer la tarde, William disfrutó de la compañía de sus allegados, consciente de que los echaría muchísimo de menos cuando se marchara semanas después.

Su madre, quien con la ayuda del amor de sus hijos había logrado vivir con la pérdida de su gran amor, mimaba al pequeño Colin de dos años, que estaba entrañablemente unido a ella.

Era el hijo de Amber y Cedric Bussarch, y Will sospechaba que pronto los sorprenderían a todos con la noticia de un nuevo miembro en la familia, pues, aunque no habían dicho nada todavía, veía a su hermana con la misma luz que dos años atrás cuando estaba esperando su primer hijo.

Nathalie, la hija mayor de tres años de Grace y Damien, jugaba con su propio juego de servicio

de té. Will sabía que cuando tuviera su edad, sería una experta en servir el té a sus invitados, pues a esa edad tan temprana ya lo hacía de manera perfecta. El pequeño George, con un año de diferencia, todavía estaba muy apegado a su madre, y se negaba a bajar de su regazo a menos que no fuera para ir al de su tía Harley, que en ese momento iba a cogerlo en brazos.

En una de las butacas estaba Sofía, la esposa de su hermano mayor Byron, el octavo marqués de Kinsberly. El matrimonio observaba con mirada orgullosa a sus gemelas recién nacidas, que dormían plácidamente en cada brazo de su madre. Byron dio un beso protector en la frente de su mujer, y Will evocó en su mente los que él mismo le había dado a su joven de ojos grises.

Toda su vida había anhelado parecerse a su hermano mayor.

Habían perdido a su padre años atrás, y él se había convertido para todos en el pilar de la familia Kinsberly. Con él había conocido el significado de ser un caballero y un hombre dispuesto a lo que fuera con tal de proteger lo que más se ama.

Durante mucho tiempo, la pérdida del difunto lord Kinsberly convirtió a Byron en una persona oscura a la que ninguno de ellos pudo salvar. Únicamente el amor de Sofía había sido capaz de devolverlo a la vida y hacer que dejara todo su turbio pasado atrás.

Había dejado de ser un secreto que él y Cedric habían pertenecido a un curioso grupo de hombres que se habían tomado la justicia por su mano en lo que tenía que ver con los más desfavorecidos de los barrios bajos. Lealtad que se había visto brevemente en peligro cuando Amber se enamoró del amigo de su hermano mayor.

Pero todo ello parecía estar muy lejos de aquella escena armoniosa, con todos reunidos para organizar su próximo escape al mundo campestre en Kinsberly Hall y disfrutar así de sus últimos días junto a él.

Cuando volvió a alzar la vista, Byron se dirigía hacia él con el ceño fruncido.

—Te veo muy pensativo, Will —dijo al llegar a la ventana junto a él.

—Extrañaré a la familia —explicó.

—Has tomado una buena decisión, hermano —musitó, acompañado de un reconfortante apretón en el hombro—. No hay nada mejor para un hombre que cosechar su propio destino.

William lo miró; incluso cuando no se lo pedía su hermano lo instruía.

—Siempre supe que sería así. Harley tiene que casarse, y yo hacerme mi propio destino.

—Eres un Kinsberly, tu destino ya está hecho.

—Soy el último Kinsberly —lo corrigió—, mi destino empieza ahora, con cada una de mis decisiones.

Byron entrecerró los ojos un instante, y después lo atrajo para darle un fuerte abrazo.

—Estoy orgulloso de ti.

Eran las palabras más importantes que podía decirle.

—Anoche bailaste con jóvenes muy bellas, travieso Will —bromeó para deshacer la tensión emocional—. ¿Es posible que mi pequeño hermano encuentre el amor antes que el resto de la familia?

Qué bien lo conocía, pensó William. Byron no podía imaginar lo tan cierto de sus palabras. Podía confirmarle sus sospechas contándole toda la verdad, pero Bella no le había confirmado que aceptara sus intenciones para con ella, y no podía olvidar que seguía prometida.

Aun así, quién mejor para dar un consejo de amor que el hombre al que todo Londres creyó inmune al amor.

—Lo cierto es que hay una joven —comenzó a decir. Byron abrió los ojos, sorprendido por estar en lo cierto, pero contuvo su expresión al ver la angustia de su pequeño hermano—, pero es complicado.

—¿No te corresponde?

Buena pregunta.

William recordó sus besos, la sensación de abandono por su parte mientras exploraba con recato el sabor de sus labios.

—Sí que lo hace —concluyó.

—Es una joven presentada en sociedad, me imagino.

—Sí, aunque bastante joven, solo tiene quince años.

Una extraña sombra cruzó por el rostro de Byron. Fijó su vista en alguna parte, más allá de la ventana, intentando encajar algo que parecía complicado en su mente.

—¿Byron?

Sofía se acercó hasta ellos, con la pequeña Sara en brazos llorando sin parar. Estaban tan absortos en la conversación que ni se habían dado cuenta que su sobrina estaba reclamando atención paternal.

—¿Qué le pasa a mi pequeña? —preguntó un amoroso Byron a nadie en particular. Al coger a su hija en brazos, todo rastro de preocupación desapareció; Will sabía que la conversación había llegado a su fin.

—Necesita a su padre —sonrió Sofía.

Entre ambos cruzó una mirada aliada. Byron le dio un beso en la mejilla y dijo:

—Sube a Wanda, ahora voy yo, amor mío.

Extrañado, Will lo miró con curiosidad cuando volvieron a quedar solos y tuvo de nuevo su atención.

—La joven de la que hablas es... muy joven. Pero tú también lo eres, Will, solo tienes diecisiete años.

—La edad de una dama nunca ha sido problema en nuestra sociedad, Byron.

—Pero sí la de un hombre —afirmó—. Me parece honorable que hayáis decidido iniciar vuestra historia con tanta premura y conservarla cuando te marches, pero primero debes hacerte un hombre de verdad, hermano, porque ella será tu responsabilidad.

Entonces Will, como un vaso de agua fría, entendió lo que le estaba diciendo.

Mientras clavaba la mirada tras su espalda al marcharse, William entendió que su hermano no hablaba de amor ni romanticismo, sino que había hecho referencia a la cruda realidad que hasta

ese momento no había visto con tanta claridad: ninguna mujer lo aceptaría sin título y fortuna propia.

Capítulo 4

La angustia de que no hubiera recibido el regalo fue más fuerte que su educación y sus incuestionables modales.

Mientras observaba con un criterio justo el modesto recibidor donde una doncella lo había dejado esperando, William se alegró interiormente de que lord Wordust no se hallara en la casa en aquellos momentos. No temía para nada al que nombraban vizconde por azar, pero por el temor que había podido ver en los ojos de Bella, sabía que le tenía un gran respeto... o un gran miedo.

Cualquiera que fuera la respuesta, estaba casi convencido de que cuando ella accediera a que la cortejara y hablaran de hombre a hombre, el vizconde lo respetaría por sus ganas de labrar su propio nombre al margen de su apellido y por sus buenas intenciones para con su hija. Claro que, si Byron tenía razón, lo que más fácil podía suceder fuera que lo despreciara por ser apenas un joven sin experiencia, aunque con un exquisito linaje familiar.

Evitarle a Bella cualquier disgusto era un punto a su favor, así que había esperado ver a lord Wordust salir para ir a verla, y se había asegurado de que la única doncella que lo había visto mantuviera silencio. Por ello, cuando la vio bajar la escalera principal con un suave vestido melocotón de mañana la recibió con las mejores de sus sonrisas, en un intento de transmitirle a ella que todo estaría bien.

—No puedo creer que estés aquí —dijo mientras bajaba hasta él; había sorpresa a la par que temor en su voz—. ¿Cómo osas a tanto?

—No he recibido una respuesta a mi regalo, lady Bella.

La amplia sonrisa que se dibujó en sus labios rosados confirmó que lo había recibido.

Unos pasos acercarse por el pasillo la pusieron en alerta de inmediato, y Will no pudo evitar hacer lo mismo. Por más tranquilo que quería sentirse, el miedo que veía en ella lo conducía a la preocupación.

—Me he asegurado de que la doncella que me ha recibido no diga nada —la tranquilizó—, no tendrás más problemas.

—Pero no puedes sobornar a todo el personal, William Kinsberly.

Dicho esto, con una fuerza sorprendente en una dama tan pequeña, lo empujó hasta detrás de la pesada cortina que adornaba el rincón. ¿En serio?

—Bella, no creo que...

Pero ella siguió empujándolo hasta que ambos estuvieron ocultos por una pesada y mohosa tela que prometía asfixiarlos si duraban más de lo conveniente en su escondite. Para su sorpresa, sin embargo, unos pasos más allá la doncella siguió su camino sin reparar en la cortina a la que estaba más que acostumbrada a ver a diario.

—Impresionante —le susurró, conteniendo la risa—. ¿Es algo que haces a menudo?

Ambos eran tan delgados que podían estar hombro con hombro y seguir cubiertos. Will la miró desde arriba para recibir su susurrante respuesta:

—Pero nunca había sido divertido.

Él sonrió. Se preguntaba para qué se escondía de aquella manera, pero el magnetismo de sus ojos grises en aquella penumbra lo aisló de la habilidad de pensar.

—¿Te ha gustado?

—Muchísimo —respondió chispeante—. Nunca me han hecho un regalo tan precioso. ¿Desde cuándo pintas?

—Desde que tengo memoria, me temo.

Ella se removió, entusiasmada, lo que hizo que sus manos se tocasen levemente. William sintió un escalofrío tras el contacto. Pero no fue una reacción cualquiera...

Aquella cortina era muy pesada... y estaba empezando a sentir una extraña sensación de calor interior. Tragó saliva con esfuerzo, pues no podía apartar los ojos de ella y tener el rostro hacia un lado le estaba dificultando varias funciones vitales.

Con suavidad de no correr la cortina, se colocó frente a ella y pegó todo cuánto pudo su silueta.

—Esta respuesta ha sido mejor que cualquier nota de agradecimiento —musitó.

Buscó sus labios en la oscuridad y la arropó contra su pecho para poder sentirla. Los besos que compartían estaban llenos de dulzura y de respeto, no había lascivia en William mientras acariciaba con ternura la espalda de ella, jugando con el lazo que había en la parte inferior de su vestido. Bella confiaba en él, lo demostraba al sentirla abandonada a su exploración. Cuando alzó los brazos hasta su cuello y lo rodeó, Will tuvo que recurrir a toda su caballerosidad para no dejarse llevar por impulso que comenzaba a crecer en el centro de su ser. Era un sentimiento poderoso, pero sabía que podía asustarla si dejaba salir su parte más primitiva como el hombre que era.

—Will —musitó ella—, necesito preguntarte algo.

—Lo que quieras, mi dulce niña.

A regañadientes, separó sus labios de los de ella para darle la oportunidad de hablar.

—¿Cuándo te marchas?

La pregunta lo devolvió sin piedad a la realidad, y su conversación con Byron acudió a su mente sin poder evitarlo. ¿Estaría ella asustada por la separación inminente?

—En unas semanas, pero —dijo acunando su dulce rostro con las manos—, no tienes que temer. Mi interés no menguará en absoluto.

—Y... ¿qué pasará si no puede romperse el compromiso?

¿Dónde había quedado el momento mágico de hacía unos segundos? ¿Qué eran todas aquellas preguntas tan angustiosas para su enamorado corazón?

—Bella —susurró—, lo que siento por ti no tiene marcha atrás. Es la primera vez que me siento así. Sé que somos jóvenes, que todavía no puedo ofrecerte lo que mereces, pero...

—Yo también me siento así, Will —lo cortó ella, lanzándose a su cuello. Lo abrazó con premura, como si tuviera miedo de que fuera a desaparecer en cuanto lo soltase—. Pero todo es tan complicado, antes de finalizar el año debería irme a América para casarme.

—Pues no te vayas —le rogó—. No te cases, Bella. Solo tienes quince años.

—No sé si tengo elección...

El ruido de la puerta principal al abrirse y cerrarse, seguido por los pasos al subir la escalera principal los puso en tensión; lord Wordust había regresado.

William olvidó la preocupación que lo invadía por los miedos de ella y se hizo cargo de la situación. Tenía dos opciones: o dar la cara en aquel momento y exclamar al vizconde el amor que sentía por su hija unido a la promesa de darle todo cuánto merecía, o bien marcharse y hacer todo lo que fuera necesario para que nada lo separara de su primer amor.

—No puedo permitir que te pase nada —le susurró lo más bajo que pudo—. Me marcharé, Bella, pero —le dio un beso largo e intenso y, cuando volvió a hablar, sus palabras tuvieron el peso deseado— espérame. Si de verdad sientes lo que yo estoy sintiendo, no te cases, y espérame.

—William...

Él secó con amor las lágrimas de sus mejillas.

—Si es necesario, nos escaparemos.

Cuando la besó de nuevo, Bella recibió de buena gana cada una de sus promesas de amor, y en su beso plasmó también su anhelo de que todo se hiciera realidad. Después, intentó combatir el frío que la invadió cuando sus cuerpos se separaron y salieron de su escondite. Will se marchó sin demora, consciente de que aquello no era un adiós, sino un hasta luego.

Bella estaba feliz: se había enamorado.

Había conocido el amor cuando ya había perdido toda esperanza debido a un compromiso no deseado. Y tenía la certeza de que todo iría bien, pues él también la quería, y confiaba en su palabra más que en cualquier otra cosa.

Pero a veces la felicidad es inoportuna y ciega el buen juicio y capacidad de las personas, y quizás eso fue lo que no les permitió a ninguno de los dos ver a la persona que observaba todo desde lo alto de la escalera.

Capítulo 5

Amado William,

Tienes en tu poder algo que me pertenece. No hablo de mi corazón, que es tuyo sin vuelta atrás, sino a las cartas que quedaron olvidadas en tu carruaje. Te ruego que nos veamos esta noche, a las ocho, en la calle donde nuestros sentimientos quedaron revelados y me las devuelvas. A cambio, te haré saber mi decisión.

B.W

Mientras esperaba volvió a leerla una vez más. Los nervios lo habían acompañado durante todo el día desde que aquel niño había ido a Kinsberly House a entregarle la nota, y no había sido capaz de esperar en casa hasta que cayera la noche, así que llevaba aproximadamente una hora y media de pie en aquella calle a oscuras.

En el bolsillo interior de su chaqueta estaban las cartas que Bella había olvidado en el carruaje. No podía negar que sentía una curiosidad insana por saber el contenido, pues estaban selladas con cera y ninguna tenía nada escrito en el reverso.

¿Serían para su prometido? Se preguntó por milésima vez. Pero el recuerdo de sus besos alejó todas sus dudas. Lo elegiría a él, lo sabía. Había sentido con total convicción los sentimientos de Bella Wislow en cada uno de los momentos que habían compartido. Era consciente de que no habían sido muchos, pero habían sido más intensos que cualquier otro momento que hubiese vivido antes.

Un carruaje pasó por la calle contigua y se detuvo unos metros más allá. Si había gente cerca, pensó, tendría que llevarse a Bella a otro lugar.

Vio el reflejo que producía la luz de la luna en el suelo a cinco figuras bajarse del carruaje. Eran hombres, observó, pues todos llevaban sombrero y sus amplios hombros los definían. Maldición, masculló para sus adentros, ese giro de los acontecimientos iba a dificultar su encuentro con Bella.

Con disgusto, los vio entrar en el callejón donde estaba y dirigirse con paso decidido hacia... él. William miró a su izquierda, miró a su derecha, y centró su mirada en todos ellos, uno por uno.

—Buenas noches. —dijo— ¿Les puedo ayudar en algo, señores?

Con creciente confusión, vio cómo se iban colocando a su alrededor hasta quedar en el centro de todos ellos.

—Por supuesto que sí —masculló el más alto mientras se quitaba el sombrero y lo tiraba al suelo, acto que los demás imitaron al instante—. ¿Qué te parece si recibes un mensaje?

Bella se cubrió con la capa gris y cerró con cuidado la puerta de su habitación. Echó una breve mirada a la puerta firmemente cerrada de la habitación de su padre, y otra a la habitación del cuarto vacío. No era momento de dejarse consumir por el miedo, pensó.

Comenzó a bajar los escalones todo lo rápido que pudo, concentrada en no emitir ningún ruido. Como no podía salir por la puerta principal, se dirigió hasta la cocina para salir por el área del servicio, pues ya había hablado con Letty para que escondiera la llave donde pudiera encontrarla.

Llegó a la cocina pulcramente limpia y ordenada y fue directa a un pozuelo de cerámica con tapa en el que, como su doncella le había indicado, estaba la llave de la puerta. La abrió sin problemas y salió cerrándola tras ella.

Decidió esconder la llave en una de las macetas más pequeñas, pues si escogía una grande se temía que no podría levantarla. La que escogió era el hogar de unas flores color morado de las que en aquel momento no recordaba el nombre, pero por agradecimiento a ayudarla en aquella aventura, lo buscaría más tarde entre los libros.

Con una sonrisa, se incorporó y dio media vuelta para ir hacia su destino: todo cambiaría esa noche. Pero un muro grande y con olor a puro barato la hizo chocar y perder el equilibrio. Desde el suelo, tras caer de espaldas, Bella miró hacia arriba qué había obstaculizado su camino.

—Papá —musitó, atemorizada.

Él se inclinó sobre ella, pero no la ayudó a levantarse.

—Me has decepcionado hasta límites inimaginables, Bella.

Las lágrimas comenzaron a llenar sus ojos grises.

—Tú no lo entiendes, papá, pero podemos hablar y lo comprenderás.

—Por supuesto que lo entiendo, hija —gruñó mirándola desde arriba—. Eres una niña mal agradecida que prefiere jugar al amor con un don nadie en lugar de sentirse afortunada por el hombre que ha accedido a casarse contigo.

—No es un don nadie, es William Kinsberly.

—Exacto —escupió él—: William Kinsberly... ni lord, ni excelencia, míseramente William Kinsberly.

—Tú tampoco tenías título hasta que me vendiste.

El golpe llegó rápido y conciso. Bella pudo sentir el rastro de la sangre salir de su nariz tras la brutal bofetada.

—¿Pensabas perder tu dignidad con un simple hijo menor?

—Él me quiere —gimió—. Y yo lo quiero a él.

—Tonterías, sois dos mocosos que no saben nada del amor.

—¡No voy a casarme con ese americano!

—¡Es más que millonario! Te dará todo lo que nadie aquí te va a ofrecer nunca, maldita sea.

Las lágrimas comenzaban a mezclarse con la sangre que emanaba de su nariz, pero ello solo la hacía sentirse más segura de la decisión que había tomado.

—No me casaré con él, padre. Ya he elegido a William. No podrás obligarme a subir a ese barco.

La risa vacía que salió de su pecho la dejó helada. Bella sabía lo que significaba esa expresión de triunfo.

—Ven conmigo, niña.

Lord Wordust la arrastró durante calles, y el miedo comenzaba a apoderarse de ella como no lo había hecho jamás. ¿Sabría él que iban a encontrarse? Iban derechos al callejón donde se habían besado por primera vez, pero era imposible que su padre supiera eso. ¿Verdad?

Apenas a unos pasos de la esquina, escuchó los gruñidos, golpes, y jadeos.

—¡Wi...!

Pero una feroz mano atrapó su grito.

Bella sintió cómo su padre la abrazaba e inmovilizaba sus brazos. Incapaz de moverse y de hablar, cerró los ojos con fuerza y rezó para que todo aquello fuera producto de su imaginación.

—Recibí la nota de que estaban aquí al mismo tiempo que tú decidías traicionar a tu propio padre —rugió contra su pelo—. Él te estaba esperando.

Bella volvió a gemir contra su mano feroz. Los gritos llegaban amortiguados hasta ellos.

—No dejaré que echas a perder lo que hemos conseguido, Bella. Te casarás con ese americano, dio una fortuna por ti, y vas a cumplir tu obligación como mi hija.

Furiosa, se revolvió contra él. Apenas podía ver nada ante sus ojos, pues las lágrimas habían inundado por completo su visión, y los aullidos de dolor del muchacho de diecisiete años que le había jurado amor eran cada vez menos audibles.

—¡Basta! —gritó su padre mientras la obligaba a mantenerse quieta—. Niña insolente; te haré darte cuenta por ti misma de qué es lo que te conviene.

Dicho esto, la crueldad se apoderó del vizconde. La arrastró hasta la esquina y la obligó a pegarse a la pared para no ser vistos. Bella gritó todo lo que pudo contra la mano de su padre, pero todo quedó en un aullido inaudible apagado por el brutal ruido de los golpes que le estaban propinando a William.

Lo vio en el suelo, con el traje roto y cubierto de sangre. Apenas se podía defender, ya que cuando intentaba golpear a uno de sus atacantes, los demás lo cogían y volvían a arremeter contra él.

De pronto ya no quería gritar, el miedo la había paralizado y el dolor de ver a su primer amor

sufrir de aquella manera la estaba consumiendo por dentro. Miró hacia arriba, a su padre, y vio con horror una sonrisa en la comisura de su boca. Volvió la vista a la horrible escena cuando un gemido de dolor escapó nuevamente de los labios de William. Estaba doblado sobre sí mismo en el suelo, incapaz ya de defenderse. Los miserables que había contratado su padre se turnaban uno a uno para propinarle brutales patadas en el estómago, costillas, espalda, e incluso la cara.

Pero de pronto la silueta de un sexto hombre apareció. Bella abrió los ojos con fuerza, otro más no, por favor, pensó. Pero aquel hombre arremetió sin piedad contra los atacantes de William, y el rugido de sorpresa y desagrado que salió de su padre le confirmó que era alguien que intentaba ayudar a su joven amado.

A pesar de entrar con todo el rigor de un hombre en forma, seguían superándolo en número, y pronto la situación de William se repitió con aquel buen caballero. Por lo menos, gimió al verlo tumbado en el suelo, habían dejado de golpearlo. El desconocido parecía no rendirse, y cuando uno de ellos sacó una pistola para apuntarlo todo su cuerpo se tensó. ¡Dios santo!

Pero entonces un séptimo hombre entró en acción, y todo indicaba que su objetivo era ayudar al que había llegado momentos antes. Entre los dos no tardaron en darle un buen merecido a los matones de su padre, pues ellos ya estaban agotados por el esfuerzo.

—¡Ayúdame a meterlo en el carruaje! ¡Hay que llevarlo de inmediato a casa de los Kinsberly! —gritó al caballero que, ahora comprendía por su ropa, era su cochero.

Bella los vio cargar con el cuerpo inmóvil de William en sentido contrario a donde estaban ellos, y las últimas lágrimas rodaron sobre la mano de su padre mientras rogaba al cielo que no estuviese muerto.

—Si no quieres que acabe lo que esos hombres han empezado, vas a hacer lo que yo te diga, Bella.

El fuerte latido en la cabeza y el fuego que desprendía cada poro de su piel no le permitían abrir los ojos. Sentía los párpados pesados, como si tuviese toneladas sobre sus pestañas impidiéndole recibir la luz del día que intuía con los ojos cerrados.

Sabía que estaba en su habitación por el olor a carboncillo y a papel sin usar. También reconocía la fragancia a limón fresco de las sábanas, y la comodidad relativa que lo inundaba le indicaba que alguien lo había desvestido y cubierto hasta la barbilla con la suave sábana blanca.

El frufú de un vestido al moverse lo hizo mirar a su izquierda, hacia las ventanas.

—Por fin despiertas, Will —susurró alguien mientras caminaba hacia él—. Empezábamos a preocuparnos, necesitas comer y llevas dos días inconsciente.

—¿Harley?

—Sí —musitó al sentarse a su lado—. ¿Qué necesitas?

William cerró los ojos un instante, haciéndose un autoanálisis.

—Agua. Por favor.

Su hermana se movió a toda prisa para servir agua en el vaso que había preparado junto a una jarra llena sobre la mesita, junto a la cama. Lo ayudó a incorporarse con cuidado para que bebiera, y William agradeció en silencio el esfuerzo que hizo al sostenerlo por los hombros a pesar de sentir el temblor en sus manos por el esfuerzo. Era delgado, pero sabía que para un cuerpo tan menudo como el de su hermana gemela no era como sostener una pluma.

—Gracias.

Ella asintió y volvió a sentarse junto a él, tapándolo bien con la sábana. Poco a poco, la conciencia fue retornando a William y, a medida que recordaba cada golpe, las heridas parecían latirle con fuerzas renovadas.

—Will —musitó Harley—, Byron está esperando que despiertes; necesita que le digas quién te ha hecho esto.

—No quiero hablar.

—¿Qué?

—He dicho que no quiero que esto se convierta en un tema de conversación. Me he cruzado a puños como cualquier adolescente de mi edad alguna vez en su vida.

—Nada de eso, zopenco; te han dado una paliza.

—Tonterías.

—¡Lord Valldhort te ha traído inconsciente después de salvarte la vida, William! —Gruñó ella poniéndose en pie—. ¿A quién intentas engañar? Alguien te ha hecho esto y Byron hará que lo pague.

Will dirigió aquella información, e intentó recordar el momento en que el amigo de su hermana lo salvó de los matones que lo habían atacado. Ya estaba totalmente vencido, pero las difusas imágenes de su salvador enfrentándose a ellos y llevándolo hasta su casa dejaron claro que no había forma de escabullirse de aquello.

—Maldita sea.

—¿Qué está pasando, Will?

Echó una breve mirada a su hermana, la angustia era palpable en su rostro. No podía negar que se sentía halagado, pues a pesar de toda una vida discutiendo por cosas sin importancia la quería con locura, y estaba claro que era recíproco.

—Mamá está muy preocupada, apenas ha dormido.

—Escúchame, Harley —dijo—, necesito que os calméis, porque no tengo ni idea de qué ha podido pasar. Todo apunta a que era un atraco, pero eso pasa a diario en esta ciudad, así que no quiero que exageréis las cosas.

—¿Un atraco? —preguntó con sorna—. Ni si quiera te han quitado el reloj de bolsillo, Will. Y sigues con el anillo de papá en tu mano.

William bajó la vista hasta su mano izquierda, donde reposaba un grueso anillo de oro con una W grabada en relieve. Aquello complicaba las cosas.

Pero lo peor de todo era que, muy a su pesar, él tampoco creía que aquella agresión hubiese sido una coincidencia. Sin embargo, el presentimiento que intentaba ocupar su corazón era demasiado insólito como para dejarlo entrar.

—Eh... —susurró al ver a Harley limpiarse una lágrima—. Ya ha pasado.

—Ha sido horrible verte así, Will. —De pronto la sombra de una sonrisa asomó a sus labios—. Ha sido una suerte que lord Valldhort estuviese cerca.

William reprimió una sonrisa. Recordaba haber visto a Harley con aquel conde en la fiesta de cumpleaños de ambos, intuía que su hermana no iba a necesitar muchos bailes para encontrar marido.

—Entonces debo agradecerle haber sido mi salvador.

—Oh, podrás hacerlo —exclamó ella con entusiasmo—. Byron ha insistido en que nos acompañe a Kinsberly Hall.

Quizás no le hiciera falta ni un evento más, pensó Will. Iba a preguntarle qué se había perdido cuando unos resueltos golpes llamaron a la puerta. William sabía quién era incluso antes de verlo entrar.

—Veo que estás despierto —dijo Byron, dejando la puerta abierta y mirando a su hermana significativamente.

Harley miró a su hermano gemelo con una tímida sonrisa antes de incorporarse y encaminarse a la puerta.

—Os dejo solos; daré la orden para que te suban algo de comer.

Tras el sonido de la puerta al cerrarse, lo único que llenó la estancia fueron las botas de Byron al acercarse hasta la ventana. William se sintió como un niño de nueve años al que están a punto de regañar por una travesura muy perversa. Intentando recuperar algo de orgullo, se incorporó como pudo hasta sentarse en la cama.

—Doy por hecho que Harley te ha contado cómo has llegado aquí —rugió sin mirarlo.

Will se estremeció.

—Lord Valldhort.

Vio a su hermano mayor y cabeza de familia asentir. Aquel hombre había sido su ejemplo desde la muerte de su padre. Lo había visto perderse en sí mismo tras aquella desgracia, y lo vio resurgir como un ave fénix para hacer frente a su responsabilidad con todos ellos y con su patrimonio. Lady Sofia, ahora la marquesa de Kinsberly, había tenido mucho que ver en esa recuperación del alma de su hermano, pero William sabía mejor que nadie que no había sido un proceso fácil para el hombre que más admiraba en la tierra.

—Nadie puede tocar a esta familia, William —masculló con ira contenida—. Sabéis de lo que soy capaz para defender a cada uno de vosotros, y que tengo los medios para hacerlo.

Lo miró por encima del hombro para asegurarse de que tenía su atención, él asintió para confirmárselo.

—Tengo total seguridad de que no serás tan estúpido como para darme largas y ocultarme qué

demonios ha pasado.

Will se pasó una mano por el enredado cabello, cada vez más sumido en una sensación de ahogo.

—No lo sé, Byron. No conocía a esos hombres.

—¿Debes dinero?

—No.

—¿Estás involucrado con alguna pandilla?

—¡Claro que no!

—¿Eres amante de alguna mujer casada?

William clavó la mirada en algún punto de su camisa blanca. No era amante de ninguna mujer casada, pensó, pero se había enamorado de una joven prometida a otro hombre.

—¿William?

Apenas fue consciente de que Byron se acercó hasta los pies de la cama y lo miraba interrogante.

—Tienes diecisiete años, maldito mocoso, no me digas que eres amante de alguna manipuladora aburrida de su marido —rugió entre dientes.

William lo miró con hastío, molesto por su insulto.

—No lo soy.

Byron dejó escapar el aire contenido y suspiró para calmarse.

—Will... te han atacado de una forma... brutal —parecía que le costase recitar los hechos sin golpear algo—, necesito que me digas lo que sea que me guíe hasta los responsables.

Él suspiró con culpa; le dolía ver a su familia sufrir así, pero no tenía idea de quién podía haberle hecho eso. El presentimiento que había llegado a él momentos antes regresó con más fuerza... no era amante de ninguna mujer casada, pero estaba perdidamente enamorado de una joven a punto de casarse con otro hombre.

Pero no tenía sentido, se trataba de un americano, era imposible sospechar que guiado por celos le hubiera hecho algo al joven que intentaba robar el amor de su prometida. Ya lo había robado, pensó con orgullo, Bella lo amaba tanto como él a ella, pero era imposible...

—¡William!

El rugido de Byron lo sacó de sus cavilaciones.

—Yo...

—Grace me ha contado que vinieron a buscarte —dijo—. Un hombre que se negó a identificarse preguntó por ti con una premura poco habitual.

—¿A mí?

—Veo que no estás enterado de las cosas que pasan a tu alrededor, lo que me lleva a pensar que estás haciendo algo mal sin ser consciente de ello. —El marqués suspiró con cansancio mientras se desabrochaba las mangas de la camisa y las remangaba hasta los codos—. Como imaginarás, ya sé quién era ese hombre.

William no sintió ninguna sorpresa, su hermano disponía de los medios y personas necesarias para conseguir lo que quisiese.

—Cedric y Damien han descubierto que era lord Wordust.

El nombre cayó sobre sus hombros como una lápida pesada.

—Es el padre de...

—Lady Bella Winslow —lo interrumpió Byron mientras jugaba con los carboncillos de distinto grosor que reposaban sobre su mesa de dibujo.

William bajó la vista a su regazo, evitando la mirada escrutadora de Byron. ¿Podía estar pasando de verdad? ¿Había una conexión entre lo que le había sucedido y la mujer que amaba?

—Byron —musitó con urgencia—, no puede ser.

—Te has enamorado de la prometida de otro hombre —rugió caminando hasta él—, un americano que tiene tanto poder y dinero que ha hecho de un hombre sin posesiones a un caballero con título de vizconde.

Aquello confirmó a William que los rumores de que la apuesta en la que ganó el título de lord Wordust no fue una casualidad eran ciertos, ya que se comentaba que aquel americano había sobornado al antiguo vizconde con una ridícula suma de dinero con tal de perder su título, ya sin fortuna en el juego. Aunque se trataba de un título arruinado, había sido compensado por lo que había ofrecido al casarse con lady Bella.

—Ella va a romper el compromiso.

—No lo hará, porque su padre no renunciará a su título, William.

—Nos queremos; nos escaparemos si es necesario.

William contuvo el impulso de saltar cuando Byron tiró al suelo el vaso de agua.

—¿Y qué le ofrecerás!? —gritó sin poder contenerse—. Tienes los días contados para marcharte. No eres más que un niño, William, no puedes hacerte responsable de la tragedia de una joven.

—¿Tragedia?

—¿Crees que la sociedad seguirá recibéndola cuando vuelva casada a escondidas contigo? —Byron lo miró por encima del hombro casi con pesar—. La realidad es cruda, hermano, pero si no te atañes a ella fracasarás incluso antes de dar el primer paso.

Inundado por una rabia creciente, Will se levantó de la cama y buscó sobre la butaca del otro lado de la habitación una capa para cubrirse.

—Sé que no tengo nada excepto al privilegio de este apellido —masculló entre dientes—. Pero la amo, y le he prometido protegerla y salvarla de un matrimonio que ella jamás ha querido. Tiene quince años, Byron, y la están vendiendo como una yegua al mejor pastor.

—No ocurrirá, Will...

—¿¡Por qué!?

Un breve sentimiento de culpabilidad cruzó por su pecho al gritarle a su hermano mayor cuando vio en su rostro la empatía de comprender lo que estaba sufriendo. William se quedó quieto

mientras Byron caminaba hasta él y posaba una mano sobre su hombro.

—Intento enseñarte los pasos que debes dar primero antes de hacer lo que deseas hacer — musitó en tono de conciliación—. Y si estoy en lo cierto y lord Wordust tiene algo que ver en lo que te ha sucedido, buscaré las pruebas necesarias para hacérselo pagar.

—Es un vizconde, no puedes acusarlo sin pruebas; te arriesgas a mucho, Byron.

—Lo sé —asintió este—. Pero también sé que harás lo correcto. Y... —dijo mientras extendía una carta que había tenido arrugada en el puño todo aquel tiempo— quizás esto te haga comprender mejor las cosas.

William cogió la carta con tristeza, sospechando el contenido de su interior incluso antes de leer su nombre escrito con delicada letra femenina en el dorso, acompañado de un sello de cera firmemente cerrado.

—No... —susurró.

Byron cerró los ojos un segundo para acompañarlo en su dolor, ambos sabían lo que aquello significaba.

—Llegó la mañana siguiente a lo ocurrido —lo informó con calma—. Se ha marchado.

—No...

—El muchacho que trajo la carta me dijo el barco en el que zarparía a cambio de unas monedas. Yo mismo la vi subir.

William lanzó la carta a la cama y se lanzó sobre su hermano, ignorando el agudo dolor que atacó su cabeza y cada uno de los músculos de su delgado cuerpo.

—¡Debiste retenerla! ¡Tenías que traerla aquí y ayudarnos, maldita sea!

—Suéltame, mocoso.

William sabía que la intención de su hermano no era insultarlo, pero también era lo suficiente inteligente para advertir el deje de advertencia en su tranquilo tono de voz y la impasible postura ante su agitación; no le devolvería el ataque, pero era capaz de reducirlo en cuestión de segundos si hiciese falta.

Bajó la vista hasta sus puños alrededor de la camisa blanca, ahora más maltrecha que antes, y los relajó hasta liberar al marqués. La carta que Bella le había hecho llegar lo esperaba sobre su cama, incitándolo a romperla y hacerla trizas, incapaz de leer una despedida de la mujer que amaba.

Si no hubiese estado inconsciente, pensó, no se habría marchado. Él la hubiera perseguido hasta ese barco y convencido de que debía quedarse junto a él. Byron, sin embargo, la había visto marchar y se había limitado a mirar cómo el amor de su vida partía para estar con otro hombre. En unos meses sería noticia que la hija de lord Wordust se había casado con un importante comerciante americano, y quizás visitaran a su padre en navidades y tendría que verla pasear cogida del brazo de un extraño y un ladrón... él le había robado lo que más adoraba.

No se dio cuenta cuándo Byron salió de la habitación, pero al volver en sí supo que estaba solo en la estancia. Se armó de valor.

Perdóname. Mi destino ya estaba escrito, Will. Lamento haber permitido que las cosas llegaran tan lejos y haberte hecho pensar que podían ser diferentes.

B.W

Los rabiosos golpes de su corazón en el pecho crearon una cúpula invisible a su alrededor; no oía, veía o sentía nada que no fuera los trozos rotos de la carta entre sus dedos y el agitado aliento escapar de su boca. Will cerró los ojos un segundo que le pareció eterno, un momento en el que, de la forma más calculada que pudo imaginar, organizó sus sentimientos. Cuando volvió a abrirlos, dejó caer los trozos de aquella carta hecha trizas, que acabaron esparcidos por la alfombra bajo sus pies.

Ni si quiera había pensado en lo que estaba haciendo, pero desde muy dentro de su ser sabía qué era lo que necesitaba.

A la mañana siguiente, el miembro más joven de la familia Kinsberly había partido.

Segunda parte

Capítulo 6

Kinsberly Hall, 1824.

Cuando entró en casa el silencio se hizo pesado con el frío de la estancia. El vestíbulo estaba tan impecable como siempre, y el blanco mármol de la escalera principal brillaba con su esplendor habitual. Sostuvo el sombrero mientras los lacayos dejaban el baúl con sus pertenencias tras él y esperan nuevas órdenes.

—Pueden retirarse —dijo, ofreciendo unas monedas a cada uno.

Al marcharse, William quedó solo nuevamente. Miró con anhelo cada rincón mientras avanzaba con sigilo hacia lo que era el comedor de la mansión campestre de los Kinsberly. Poco a poco, las voces empezaron a llegar a él, las puertas estaban cerradas con firmeza para dar privacidad a los comensales, custodiadas por un lacayo que abrió los ojos con sorpresa al verlo acercarse. Will levantó una mano para detenerlo al prever su intención de abrir la puerta de inmediato y presentarlo.

Necesitaba un minuto.

Respiró con profundidad y volvió a ponerse el sombrero. ¿De verdad estaba preparado? No tenía idea de cómo serían ahora las cosas, después de tantos años lejos de casa, pero si de algo estaba convencido era de que había sido mucho más fácil marcharse que volver.

Con decisión, abrió él mismo las puertas que daban al gran comedor familiar, y allí estaban ellos.

El murmullo de hacía unos segundos fue sustituido por un silencio; a la par, los tenedores quedaron suspendidos entre el aire y los platos, algunas copas quedaron a la espera de brindar el líquido de su interior, y varios ojos miraron primero con hastío y después con suma sorpresa al hombre que acababa de interrumpir su cena.

William, conmovido al verlos, se quitó el sombrero con torpeza y lo apretó contra su pecho mientras intentaba volver a respirar.

—¡Tío William!

—¡Es el tío Will!

—¡Mamá, ha vuelto! ¡Ha vuelto el tío William!

—¿¡Es él, papá!?

—¡Tío, tío, tío!

Una avalancha de pequeños y ya no tan pequeños se abalanzó sobre él. William abrazó contra sí a las pequeñas cabezas, y cuando el amor que sentía por aquellos renacuajos lo inundó por completo se arrodilló y dejó que lo ahogaran entre sus delgados brazos.

—¡Has vuelto, tío Will!

—He vuelto, pequeño —musitó con cariño, aunque no estaba seguro cuál de ellos lo había dicho.

Se incorporó con cuidado para no hacerlos caer. El sonido de los diversos zapatos acercarse disipó a los niños y le permitieron respirar un segundo antes de que una figura menuda y elegante lo envolviera.

—Harley...

Su hermana gemela lo apretó más fuerte, y él le devolvió el abrazo con el mismo amor. Jamás, pensó, había sido consciente de lo mucho que la había echado de menos. Su compañera de juegos, su cómplice de la niñez, a pesar de que la mayor parte del tiempo se la habían pasado discutiendo.

—Oh, grandísimo idiota, por fin has vuelto.

Will rio, provocando que los bucles de su cabello, más largo que antaño, ondearan hacia atrás.

—No has cambiado nada, hermanita.

—En eso te equivocas.

Will abrió los ojos para ver acercarse a su hermana mayor, Amber, y sustituir a Harley en una calurosa bienvenida. Estaba tan elegante como la recordaba, incluso más. Y qué decir de lo hermosas y maduras.

—Bienvenido a casa, Will.

—Gracias —musitó.

Seguido de Amber y Harley lo recibieron los maridos de estas. Lord Valldhort y el señor Bussarch compartieron el entusiasmo de sus esposas por la llegada del miembro más pequeño de la familia, que había estado tanto tiempo lejos de casa.

William no tardó en tener en sus brazos a Grace, la segunda de los hermanos, que lucía cada día más joven a pesar de haber pasado de los treinta años. Su esposo, el marqués de Wolfwood y de quien tenía muchos recuerdos, le dedicó un efusivo apretón de manos que después se convirtió en un abrazo igual de emotivo que los demás. A continuación, Sofía, la actual marquesa de Kinsberly, se comportó como su nuevo rol en la sociedad lo indicaba y lo tomó de la mano para hacerlo entrar por completo en la estancia, pues había permanecido en el umbral.

Fue entonces cuando lo vio.

Lord Byron, octavo marqués de Kinsberly, había permanecido sentado en el extremo de la mesa donde presidía la cena antes de que su llegada los interrumpiera. William aceptó su mirada fría y distante y se soltó de su cuñada, quien intentaba con tacto acercar a ambos hermanos.

—William.

—Byron.

La tensión podía ser cortada con el más fino cuchillo, incluso con un hilo. El patriarca de la

familia Kinsberly le dedicó un asentimiento, sin mover un solo músculo que indicara que fuera a levantarse. William comprendió que no lo haría, aquella era su forma educada de decirle que era bienvenido, pero que no recibiría ninguna otra muestra de afecto por su parte.

—¡Sentémonos! —Intervino Harley—. Debes de estar hambriento, hermano.

—¿Cuándo has llegado, tío Will?

William miró a la niña que le hizo la pregunta con dulzura mientras tomaba asiento en la primera silla que encontró libre. Le bastó mirarla nuevamente para recordar quién era.

—Mi barco atracó hace unos días, Nathalie —la informó—. Cuando supe que estabais todos aquí emprendí la marcha.

—¿Por qué no nos escribiste, William?

—No sabía con exactitud cuándo llegaría, Grace —respondió a su hermana. Miró de nuevo a su sobrina para fijar nuevamente los ojos en Grace—. Es increíble lo mucho que se parece a ti, y todo lo que ha crecido.

—Ya tengo casi once años, tío Will —dijo la joven.

—Eres tan hermosa y elegante como tu madre, Nathalie.

Aquello hizo enorgullecerse más a la mayor de los sobrinos de William, y procedió a recordarle a cada uno de sus primos y hermanos.

Junto a ella cenaban con igual elegancia sus hermanos pequeños George y Daniel, de nueve y seis años. A Nathalie la precedía Colin, el único hijo de diez años de su hermana Amber, pues tanto ella como Cedric podían asegurar que tenían más de una docena de hijos gracias al orfanato que ambos habían construido hacía varios años, donde habían dado techo a cientos de niños sin hogar ni familia de los barrios más bajos de Londres al principio, y de varias ciudades después.

Las gemelas de Byron y Sofia, Wanda y Sara de ocho años, eran idénticas a su madre. Aunque casi podía asegurar que poseían el mismo carácter de su padre, pues su semblante serio y casi inexpresivo para su corta edad lo hizo estremecer. Lizzet, la primera hija de Harley, no apartaba los ojos de él, al igual que su hermanita Claudia, de apenas cuatro años. William no las conocía, pero ambas se habían unido a sus primos en el caluroso recibimiento. De hecho, podía jurar que fueron las que con más fuerza se asieron a él.

—Habéis crecido mucho —musitó mientras un lacayo servía una sopa que olía a maravillas en su plato—. Nunca imaginé que tendría unos sobrinos más guapos que yo.

Los pequeños rieron, contentos de tener al famoso tío Will, el desaparecido, sentado junto a ellos en la mesa. Pero las madres pronto pusieron orden y los obligaron a continuar con la cena y dejar las bromas para más tarde, algo que Will acató también, para que no reprendieran a los más jóvenes por su causa.

—Es el mejor regalo de Navidad que hemos podido tener —decía Sofia—. Nos alegramos muchísimo de que estés de vuelta.

—Hubiera vuelto antes —dijo—, pero mi barco tuvo algunos inconvenientes para acercarse a tierra.

—¿Tu barco? —preguntó con sorpresa Damien.

—Sí, lo compré hace unos meses.

—¿Lo compraste? —La sorpresa de Grace lo hizo fruncir el ceño.

—¡Santo cielo!

—Jamás pensé que te interesara tener un barco, William —musitó un extrañado Cedric.

Will carraspeó, incómodo.

—Es el quinto barco que tengo —informó, deleitándose en la sopa, ajeno a la sorpresa de sus parientes.

Mientras él comía, todos se miraron con inquietud y sorpresa, sin comprender. William era el pequeño de la familia, no se había casado, se había marchado sin dinero y no había pedido ayuda económica a Byron durante todos aquellos años. ¿Cómo podía haber tenido cinco barcos?

—¿El quinto?

—Así es, Amber.

—¿Vendiste los otros?

—¿Cómo pudiste, siquiera, comprar el primero?

Las preguntas y el sonido de la cuchara de Byron estallar contra el plato vacío lo obligaron a alzar la vista y prestar atención a lo que estaba ocurriendo.

Vio en ellos escepticismo, incapaces de entender de lo que estaba hablando. No sabían nada...

William dedicó una mirada cargada de incredulidad a Byron, al otro extremo de la mesa. Él, por lo menos, no se atrevió a sostenérsela y ordenó que le sirvieran más vino. Cuando tuvo llena la copa se la acabó de un solo trago y le dijo algo a su mujer al oído. William vio con ira cómo la marquesa miraba a Grace con una mirada de entendimiento, acto seguido, las gemelas y el resto de los niños abandonaron el comedor.

De repente sus hermanas comenzaron a contarle todo tipo de anécdotas sin importancia de aquellos años. La evolución de sus hijos, cotilleos de Londres que no le importaban lo más mínimos, y algún que otro dato relevante cuando los caballeros mencionaron los negocios de la familia. Cenó en silencio mientras les prestaba educada atención a pesar de que su mente estuviese en otra parte. La sopa y la carne asada con puré de patatas de después estaban deliciosas, y por nada del mundo se hubiera negado una cena como Dios manda en la víspera de Navidad.

Llegados al postre los temas de conversación fueron perdiendo fuerza debido a la tensión palpable entre el marqués y el recién llegado. Los platos fueron retirados en silencio, y antes de que se diera cuenta todos los lacayos habían desaparecido.

Will fijó los ojos en su hermano mayor. Sintió cómo la respiración se agitaba cada vez más en su interior, pero logró contenerse cuando preguntó:

—No les has dicho nada de mí...

Byron aceptó su mirada desafiante.

—No.

Harley bufó al escucharlo, y un grito ahogado escapó de los labios de Grace.

—¿Sabías algo sobre William, Byron? ¿Lo callaste todos estos años?

Él no miró a su hermana, se negaba a cortar el contacto visual con Will.

—Nunca recibí una carta de él, si es lo que preguntas —masculló—. Jamás se dignó a pronunciarse.

—¿Acaso hizo falta? —preguntó Will—. No les has dicho que me has tenido controlado estos ocho años.

Byron no dijo nada.

—¿Qué está pasando aquí? —intervino una furiosa Sofía, quien no dudó en ponerse en pie para serenar la situación.

Con más ira que antes, William se levantó y caminó hasta el marqués de Kinsberly, quien hizo lo propio. Todos esperaron con tensión lo que pudieran decirse, pero jamás imaginaron que su intención no fuera hablar.

El primer golpe lo propinó Byron, directo a la mandíbula de su hermano pequeño, quien cayó hacia atrás con estrépito. Entre ambos se desencadenó una pelea que no dejó lugar a dudas de que algo extraño y ajeno a todos ellos estaba ocurriendo.

William no tardó en responder a los golpes, y, para incredulidad de todos, no tardó en defenderse del marqués y quedar sobre él. Sin embargo, no continuó golpeándolo, sino que entre bramidos lo obligó a serenarse y solo cuando Cedric y Damien lo asieron para apartarlo pudieron separarlos. Se pusieron en pie con la ropa arrugada y ambos sangrando en alguna parte de la cara.

—¿Qué diablos os pasa? —bramó Cedric.

—¡Byron, basta! —gritó Sofía.

Grace se interpuso entre ambos, mirándolos alternativamente.

—Queremos una explicación —masculló—. Ahora mismo.

Will retrocedió hasta quedar de espalda a todos ellos. Pasaron varios minutos, su respiración agitada era el único sonido que acompañaba la estancia. Harley tomó asiento, desconcertada, y su marido pronto acudió a ella para ofrecerle consuelo.

—No puedo creer que después de ocho años...

Las palabras quedaron en el aire, en la mente de todos ellos el final era el mismo. Habían transcurrido ocho largos años sin ver al pequeño Will. Tras su marcha inesperada, el vacío que había dejado en la familia había sido palpable, y ahora que había regresado lo hacía en pie de guerra.

—Lo siento —musitó volviéndose a ella.

Harley le devolvió la mirada, intentando encontrar en aquellos ojos familiares una respuesta. Will emitió un pequeño gruñido cuando se encaminó hacia la puerta, Byron le había dado un buen golpe.

—¿A dónde vas? —preguntó lord Kinsberly.

—¡No puedes marcharte, Will!

Damien detuvo a su esposa cuando esta intentó ir tras él. William asintió para sí, agradecido.

—Ha sido una mala idea venir —susurró sin mirarlos.

—Esta es tu casa, idiota, no tenías que ir a ningún otro lugar.

El bramido de Byron los hizo a todos ponerse en guardia, convencidos de que volvería a atacar al recién llegado. El marqués miró con calma a Sofía para que comprobase que no haría ninguna locura. El primer paso que dio hacia William hizo a este retroceder, intuitivamente, y levantar una mano para detenerlo.

—Basta, Byron —musitó.

Pero él no se detuvo, continuó su camino ajeno a la preocupación de los demás hasta estar a escasos centímetros de William. Y entonces, con la misma fuerza que lo había golpeado momentos antes, lo atrajo hacia sí mismo en un abrazo fraternal.

Grace dejó escapar el aire contenido y abrazó a Damien, comprendiendo que aquello solucionaba las cosas. Por otro lado, Conan seguía arrodillado frente a una confusa Harley, que se negaba a comprender el comportamiento de sus hermanos.

William respondió al abrazo, emocionado. Todavía le dolía la mandíbula por el golpe de momentos antes, pero agradecía en lo más profundo de su ser la demostración de afecto.

—Bienvenido a casa, hermano —susurró Byron mientras lo soltaba—. Has iluminado la Navidad.

—Gracias —masculló Will—. Desde luego no imaginé que sería así.

Una sonrisa se dibujó en el divertido rostro del marqués.

—No lloriquees. Por fin puedo saborear la suerte de tener un hermano.

—Ahora podrás dejarme en paz —bromeó Cedric, acercándose a ellos con Amber de la mano—. ¿Por qué no vamos al salón? Ya hemos ofrecido mucho espectáculo en esta parte de la casa.

El transcurso de la noche continuó sin altercados. William fue nuevamente acaparado por sus sobrinos hasta que fueron enviados a dormir sin discusión. Los caballeros de la familia se despidieron con cariño de las damas para fumar en la varonil privacidad del despacho de lord Byron Kinsberly.

—Lo cierto es que no imaginaba que estaríais todos juntos —decía Will mientras aceptada un vaso de whisky.

Conan y Cedric tomaron asiento en sendos sillones junto a la chimenea, absortos en el crepitar del fuego casi apagado. El segundo saboreaba con tal delicia el contenido ámbar de su vaso que solo emitió un gemido.

—Estas fiestas son muy familiares, no quería que Harley y los niños lo pasaran lejos de los demás —lo informó Conan.

—Grace tenía los baúles preparados dos semanas antes de partir de Wolfwood Hall —dijo Damien—. Pero nos marcharemos pasado mañana; debemos pasar tiempo con el resto de mi familia.

—Claro —asintió Will—. Me alegro de haber llegado a tiempo, entonces.

Byron, que había estado observando la noche fría desde el ventanal, se acercó a ellos para unirse a la conversación.

—Las cosas cambian continuamente en la ciudad —musitó, pensativo—. Todos estamos viviendo en nuestras residencias campestres. —Will miró a sus cuñados, quienes asintieron confirmando la información. Por supuesto, todos poseían tierras en algún que otro condado del país. Incluso Bussarch, el menos privilegiado, había amasado una fortuna suficiente para tener su propio legado.— Kinsberly House está libre, si es ahí donde quieres instalarte.

Él observó bailar el contenido de su copa mientras lo movía con lentitud.

—No —musitó con brusquedad, carraspeó antes de continuar para suavizar el tono de su voz—. No quiero ir a Londres.

Todos recibieron con tensión el sentido de sus palabras.

—Bien —declaró Byron, tomando asiento en la butaca tras el imponente escritorio, frente a Damien—, entonces quédate aquí. Puedes ocupar tu antiguo cuarto u ordenar que preparen el que más te guste.

—Por falta de espacio no será —bromeó Cedric—; esto es una maldita mansión.

Aunque los demás rieron la ocurrencia, Will meditó un segundo la oferta de su hermano. El golpe que le había propinado no había sido la mejor bienvenida, pero estaba claro que se había enterrado el hacha de guerra entre ambos con la misma rapidez que se había levantado. Quedarse en la casa de su niñez, sin embargo, no era algo que estaba en sus planes.

Pero acababa de llegar, y no estaba preparado para hablar de cosas serias. Ya no era el niño que había marchado huido —con diecisiete años—, ahora era un hombre y, a pesar de ser mucho más joven que sus cuñados y que su hermano Byron, ahora podía disfrutar de las habituales reuniones de caballeros en un despacho con whisky y puros.

Había tiempo para lo demás, pensó, esa noche estaba dispuesto a relajarse.

Capítulo 7

La nieve había empezado a caer cuando el corcel aminoró la marcha al acercarse a la verja firmemente cerrada. William esperó paciente hasta que dos empleados a caballo llegaron para abrirla. Los saludó con un gesto y esperó a que montaran para que guiaran la marcha.

Había un camino serpenteado por hierbas bien cuidadas y rocosas piedras decorativas aquí y allí. Una fuente con el agua casi congelada dibujaba una rotonda justo delante de la imponente entrada. Will contó siete escalones hasta llegar a un porche coronado por una firme cúpula que encadenaba a dos columnas que la sostenían. Las puertas, de un negro violento, destacaban con importancia en contraste con el blanco del resto de la casa.

Descendió del caballo, ansioso por ver el interior.

—Señor —saludaron los empleados.

—¿Está todo listo?

—Desde hace días, señor —respondió uno de ellos mientras subían las escaleras—. Hemos dispuesto todo para su llegada.

Will asintió, satisfecho.

Los complacientes jóvenes abrieron las puertas y quedaron a la espera tras él cuando entró en el vestíbulo. No era como su casa de la ciudad o del campo, pensó, pues el frío de las paredes calaba en los huesos y la ausencia de amor que sobrara en las mansiones de los Kinsberly lo convertía en un lugar poco acogedor.

La escalera que ascendía al piso superior estaba adornada con una alfombra de un rojo más oscuro que la sangre, y la barandilla caoba hacía el contrapunto perfecto. Arriba, William pudo intuir que se dividía en dos pasillos, uno a la izquierda y otro a la derecha, en los que se distribuirían las doce habitaciones que tenía la mansión. En la planta baja, cerca de la cocina y zonas del servicio, había dispuesto que se creara un ala especialmente para los dormitorios de los empleados, incluido un salón pequeño y un comedor.

Dio una vuelta sobre sí mismo, se quitó el sombrero y los guantes y miró a los jóvenes que esperaban por él.

—Reúnan a todo el personal en el vestíbulo en veinte minutos —ordenó—. Veré el resto de la casa yo solo.

La temperatura descendió hasta el punto de calar las mantas y erizarle la piel. Tocó la campana del servicio, muy a su pesar, para que subieran a revivir el fuego de la chimenea. Sabía que era muy temprano, posiblemente no fueran ni las cinco de la madrugada, pero si ella tenía frío daba por sentado que él también.

Una de las doncellas subió con más leña en una canasta que debía pesar mucho para su cuerpo tan delgado.

—Déjame ayudarte —musitó avanzando hacia ella.

—Tranquila, milady. Cobíjese, no tarda en empezar a nevar y la temperatura ha enfriado bastante.

La dejó trabajar, a sabiendas de que podía estorbar en lugar de ayudar. Pero ya no podría conciliar el sueño, así que se abrigó con la capa que reposaba en el sillón contiguo a la cama con dosel y se acercó a la ventana para ver el blanco paisaje.

—Será un día propio de la Navidad —susurró para sí misma.

Sintió el suave crepitar de las llamas cuando volvieron a arder con fuerza; no tardaría en sentirse nuevamente el calor.

—Ya está, milady —musitó la doncella tras ella—. ¿Necesitáis algo más?

Negó con la cabeza sin girarse, pero supo el momento exacto en el que volvían a estar solos. Miró sobre el hombro hacia la cama y se tranquilizó al ver que seguía abrigado con la manta hasta la barbilla. Siempre se sumía en un sueño muy profundo al caer la mañana, momento en que ella aprovechaba para cabalgar, pero con la nieve a punto de caer no estaba convencida de hacerlo.

De hecho, al volver la vista nuevamente a la ventana pudo observar con atención los primeros copos de nieve caer. Pero no vio solo eso.

De pronto, una borrosa imagen avanzaba a gran velocidad lejos de allí, por la amplia y verde campiña, ignorando la nieve y el frío que podía imaginar que hacía fuera de la protección de aquellas paredes. Extrañada, entrecerró los ojos y apartó más la espesa cortina para poder ver mejor.

Distinguió que se trataba de un jinete cabalgando con premura hacia las tierras contiguas a las suyas que, sabía con certeza, tenían dueño hacía varios meses. Se acercó tanto al cristal que pudo sentir su helado tacto a través de la tela, pero la curiosidad pudo más que la prudencia.

Cubierta por otra capa, se aseguró de que él estuviese bien dormido y salió de la habitación. Encontró a varias empleadas en la planta baja empezando sus actividades, pero era al mayordomo a quien buscaba.

—Por favor, díganle al señor Adam que lo necesito.

Una de las doncellas salió del salón de visitas a buscarlo, mientras ella se aproximaba de nuevo a los ventanales donde tenía una mejor visión. El jinete apenas se veía, pero el rumbo que seguía era indiscutible.

—¿Sí, milady?

En el umbral de la puerta estaba Adam, su fiel mayordomo, acudiendo a su llamada tan rápido como siempre.

—Acérquese, Adam —le indicó—. Me parece que ya tenemos vecinos.

El hombre, mucho más alto que ella, siguió el punto de su mirada y asintió.

—Han estado amueblando la mansión desde hace semanas —la informó—. Estoy seguro de que sus habitantes no tardarán en hacerle una visita de cortesía.

Ella suspiró, lo que menos le interesaban eran las visitas.

—Con que envíen una nota de presentación sería suficiente.

—Debe de ser una familia adinerada, milady, de lo contrario no habrían construido una mansión como esa en menos de tres meses —continuó Adam—. Han dispuesto de un número considerado de obreros, por no hablar del murmullo que ha circulado en el pueblo sobre la cara mercancía con la que han equipado la casa.

—Eres inigualable, Adam —sonrió—; lo sabes todo.

Él inclinó levemente la cabeza, agradecido por el cumplido.

En lugar de satisfacer su curiosidad, sintió que aumentaba con lo sabido.

—Solo es un hombre.

—Quizás un lacayo con la labor de asegurar todo, milady.

—Sí, eso debe ser —musitó, perdiendo el interés con la misma rapidez que había llegado—. Gracias, Adam, puede retirarse.

Escuchó los pasos alejarse del mayordomo mientras seguía con la vista fija en lo que ya solo era un punto lejano. El lacayo no tardaría en llegar a la mansión de la familia a la que servía, y ella pronto sabría quiénes serían los culpables de que se descubriera su secreto.

Volvió a Kinsberly Hall cuando ya todos estaban en el desayuno. Había recorrido un trayecto de dos horas a caballo en tan solo una hora y poco más, así que era un milagro que llegara con vida. Cuando le preguntaron dónde había estado, respondió con una educada alusión a su costumbre de cabalgar antes del alba.

La matutina reunión familiar fue mucho más sencilla que la cena, habían acabado las escenas llenas de tensión, sustituidas por risas y conversaciones fluidas entre todos. Los niños desayunaron con ellos y continuaron con las inocentes y curiosas preguntas a su tío. William explicó con cariño las más divertidas anécdotas que recordaba, guardando para sí lo peor de aquellos años lejos de su familia.

Al igual que él, muchos de ellos tenían la costumbre de cabalgar por las mañanas una vez salido el esplendor del sol, pero la nieve caía constante e imposibilitaba la placentera tarea.

—Te has arriesgado mucho al salir con este clima —lo reprendió Grace cuando pasaron al

salón principal.

William observó el blanco paisaje; se empezaba a formar una capa de varios centímetros en la hierba congelada.

—¿A qué hora partís mañana? —le preguntó a su vez.

—Pronto —respondió Grace—. La familia de Damien llegará al mediodía de Londres.

William asintió, comprendiendo. Recordaba vagamente a la hermana pequeña de lord Wolfwood, casada hacía varios años.

Cuando las damas empezaron a hablar de temas que despertaban poco su interés, los caballeros tomaron la iniciativa de retirarse sin hacer ruido. Damien y Byron se dirigieron a la biblioteca para hablar de los negocios que tenían en común. Cedric dedicó gran parte de la mañana a escribir cartas para sus asuntos en la ciudad, ya que su intención era seguir por un periodo de tiempo en la casa que él y Amber poseían en Hampshire.

William compartió un momento tranquilo y en silencio mientras, sentados en una de las galerías que daba al jardín trasero, Conan se sumergía en una lectura que acaparaba sus sentidos y él se perdía en sus pensamientos.

En algún momento debía decir que había comprado unas tierras a unas horas de allí, y que pensaba marcharse esa misma tarde. Quizás en la comida, cuando estuvieran solo los adultos, les comentara de forme breve pero clara la fortuna que había amasado y que le permitía por fin tener un legado que no fuera el apellido que el séptimo marqués de Kinsberly le había otorgado.

Su padre estaría orgulloso, pensó. Y también su madre...

Las horas transcurrieron más pronto de lo que había imaginado, y la ansiedad por cómo decir las nuevas noticias le había quitado por completo el apetito cuando todos estuvieron en la mesa a la hora del almuerzo.

Byron lo miraba continuamente, preocupado por el semblante serio de su hermano menor. Antes de que pudiera preguntarle nada, Will se armó de valor y les notificó su partida. Al principio la sorpresa común dio paso a un silencio como la noche anterior, cuando habían descubierto que era poseedor de varios barcos. Se limitó a explicar que durante aquellos años había sido un hombre negocios y que le había ido notablemente bien. Grace y Amber, conocedoras del mundo de negocios de sus maridos, no se sorprendieron y aceptaron su escueta explicación, comprendiendo que no iba a dar más detalles. Harley, sin embargo, lo miraba con extrañeza.

—¿Has comprado las tierras del difunto lord Graw?

—Así es —respondió Will—. Perdieron mucho valor tras desaparecer el título nobiliario.

—Pero no deja de valer una fortuna —murmuró Harley, pensativa—, son unas tierras muy amplias.

—Lo son —convino Will, con un tono que dejaba claro que no se excedería en el tema—. Me marcho dentro de un rato, antes de que caiga la noche.

Byron, que había permanecido callado, entrecerró el ceño.

—¿Qué ocurre, querido? —le preguntó Sofía.

Él alzó la vista y la fijó en William. Parecía que había recordado algo para su disgusto, pues se le había descompuesto el semblante.

—¿Byron?

Pero en lugar de responder expresó una ininteligible disculpa y abandonó la mesa. Preocupado y confuso, Will sonrió a los demás y fue tras él.

Lo encontró en su despacho con las manos apoyadas en la mesa y de espaldas a él; cerró la puerta sin mucho tacto para que supiera que ya no estaba solo.

—Imagino que tu habitual instinto protector no ve bien que me marche con este temporal —masculló—. Prefiero pensar eso a que cuestionas mis decisiones, Byron.

El marqués se volvió hacia él, serio.

—Te fuiste un crío irresponsable —musitó—, y has vuelto un hombre.

Ambos se miraron en silencio, recordando una dolorosa escena en otro tiempo, otro lugar, otra situación.

—Reconoce que es imperdonable que no hayas contado jamás nada a nuestra familia —le recriminó William, dando un paso hacia él.

—Te convertiste en un hombre poderoso fuera de aquí —confirmó—; hiciste fortuna y poder en el negocio mercante. ¿Es que no tuviste un miserable chelín para comprar tinta y escribir tú mismo a tu familia?

Will recibió la acusación sin decir nada, consciente de que Byron tenía razón.

Sin ánimo de discutir, ignoró su fría mirada y caminó con paso calmado hasta una de las butacas junto al fuego.

—Me ha costado muchos años obligar a mi mente a no odiarte —musitó perdido en sus pensamientos—, no tires por tierra el esfuerzo.

Byron suspiró, era muy consciente de la controversia de sentimientos que podía haber entre ellos. Y ello le hacía más difícil lo que tenía que decirle.

—William, debiste preguntarme antes de comprar esas tierras.

Él arqueó las cejas.

—¿Necesitaba tu permiso?

—No —respondió mientras se sentaba frente a él en la otra butaca—, pero te hubieras ahorrado una desagradable sorpresa.

Will resopló, impaciente por el misterio con el que le hablaba el marqués.

—Habla de una maldita vez. ¿Se supone que mi fortuna es mala? ¿Mi dinero vale menos que el suyo, lord Kinsberly?

Exasperado, Byron se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas y entrelazando las manos mientras fijaba los ojos en él.

—¿Sabes de quiénes son las tierras vecinas a las tuyas?

Will frunció el ceño buscando en su mente la respuesta, se extrañó al darse cuenta de que no lo sabía. Había ignorado ese dato conscientemente al no considerarlo relevante. Negó con la cabeza.

—Supongo que tendré que hacerles una visita de cortesía para presentarme.

Una sombra de preocupación inundó el rostro de Byron.

—Ya saben quién eres, Will —musitó despacio—. Ya te conocen.

Capítulo 8

La primera noche en su nueva casa no había sido fácil. Como nunca había sido habitada, la mansión se sentía fría a pesar de que había fuegos encendidos en el comedor, la sala principal y su dormitorio, donde caminaba de un lado a otro mientras sostenía un vaso de whisky en una mano y un bulto pequeño en la otra.

William apuró el contenido del vaso de un solo trago y miró con la cara contraída por el fuerte ardor en la garganta el puñado de cartas unidas por una suave cinta que las sostenía con un nudo firme.

Todo le parecía demasiado cruel para ser verdad.

Había conseguido dejar de pensar en ella cada miserable noche después de que el detective que había contratado la hubiese encontrado. Dio con la ciudad, su dirección, y le había proporcionado un informe detallado sobre su estilo de vida.

Tal como supo entonces, el hombre con el que se había casado era un importante comerciante que había amasado fortuna con la herencia familiar, multiplicándola después en sumas importantes que lo convirtieron en uno de los hombres más respetados de su círculo.

William fue capaz de viajar hasta ella en el primer barco que compró, dispuesto a todo por recuperarla, pero las cosas no salieron como él deseaba... una vez más.

El sentimiento de ira que conocía tan bien se adueñó de él y lo empujó a rellenar el vaso una y otra vez, hasta que la cabeza empezó a palparle y un escozor subía por su garganta suplicándole que parase. William ignoró ambas señales, bebiendo hasta que la botella de whisky escocés retumbó al rodar por la habitación.

Los sentimientos lo golpearon con brutalidad, como hicieron antaño, borrando la equívoca idea de que lo había superado. Recordó cada momento junto a ella, los besos y las promesas que se hicieron, y la cruel manera en que ella lo abandonó.

La noche daba paso a una luna cubierta por densas nubes que prometían una tormenta y quedó tan absorto en sus pensamientos que cuando desapareció por completo y empezó a llover, no se dio cuenta. El alcohol y el peso de los sentimientos lo hicieron caer en un sopor que lo llevó a rastras hasta la cama, donde quedó dormido con una firme idea: tenía que volver a verla.

La mañana dio paso a más lluvia. La nieve se derritió creando grandes charcos que dificultaban el mero intento de caminar. Will no perdió el tiempo; ignoró el fuerte dolor de cabeza y la confusión que sentía y escribió una misiva corta y clara. Ordenó a uno de los jóvenes que lo había recibido a llevar la carta a sus vecinos y no regresar sin una respuesta. Replicó por el mal tiempo, pero obedeció sin rechistar cuando su amo le dio unas generosas monedas para cumplir la misión.

William esperó paciente poco más de una hora y recibió él mismo al mozo en el vestíbulo.

—¿Y bien? —preguntó con urgencia, importándole poco que el hombre llenase de lodo el blanco suelo.

—Todo bien, señor —asintió el mozo, sacando algo que había asegurado entre las solapas del abrigo para que no se mojara—. La respuesta, señor William.

Arrebató con urgencia la carta sellada de la mano del joven, de quien se dio cuenta con vergüenza que no sabía el nombre.

—Gracias...

—Henry, señor.

—Gracias, Henry.

El joven asintió, complacido, y se retiró a sus quehaceres.

Observó el sello: habían grabado una hache sobre la cera roja. Ahora tenía otro apellido, pensó, otro hombre había tenido el honor de darle su protección. El hombre al que ella había elegido por todo lo que podía darle.

Controlando el impulso de romperla, Will rompió el sello y leyó el contenido.

Milord,

Es poco habitual que solicite una visita sin especificar su apellido. Sus iniciales no son suficiente para recibirlo en la intimidad de mi hogar. Le ruego sea más claro con su identidad para poder ofrecerle la hospitalidad que, con total seguridad, merece como nuevo vecino nuestro.

Ansiamos conocerlo.

No podía hablar en serio, gruñó para sus adentros. La rabia dio paso a una diversión inesperada que lo hizo doblarse de la risa. Era ella, sonrió, sin duda era ella.

El resto del día transcurrió con la incesante lluvia como compañía. Tronó sin piedad y no tardó en llegar un agua nevada que presagiaba una dura nevada.

Bella disfrutó de té caliente y galletas con la grata compañía de Letty, su doncella, y ambas se limitaron a bordar en silencio mientras escuchaban el temporal.

—Esto es lo que más extrañaba de Inglaterra —musitó Bella entre hiladas—. Me encanta ese tiempo.

—La naturaleza en su mejor forma, milady —comentó Letty.

A pesar de que se había casado y tenía un hijo, Letty no se había negado a seguir sirviéndole como doncella si ella lo permitía. Con el aprecio que ambas se profesaban y el estatus de casada de Bella, no había impedimento alguno para tener una dama de compañía que tuviera su propia familia. Además, jamás hubiera encontrado una doncella tan eficiente y de fiar como ella.

—Me temo que algunas flores no pensarán lo mismo —murmuró mientras retiraba su obra casi acabada y paseaba hasta el ventanal—. Es un consuelo no tener a ninguna parte a la que ir, porque no se podrá salir después de la nieve que caerá esta noche.

La doncella carraspeó tras ella, captando el deje de ironía en su voz: ambas sabían que anhelaba poder salir de aquellas paredes.

—Algún día tendrá que atreverse a ir a la ciudad, milady —sugirió mientras recogía los menesteres de costura—. Él siempre pregunta cómo es.

Bella bajó la vista a sus dedos enlazados, culpable.

—Lo sé —musitó—. Cada día es más difícil controlarlo.

—La señorita Marie asegura que iría bien para sus conocimientos —indicó la doncella.

—Todavía no es posible, Letty, aún no.

Aquella era la forma firme pero moderada de cerrar el tema e indicar que no estaba preparada.

—¿Qué hará con los nuevos vecinos?

La pregunta hizo acrecentar la inquietud que se había formado en el pecho desde la mañana. Aquella nota no solo la había abrumado por lo que podía suceder tras recibir a alguien en su hogar, sino también porque un sentimiento extraño se apoderó de ella al leer aquellas iniciales que la transportaban a un tiempo con recuerdos prohibidos en su mente.

Por su propio bien, se había obligado a sí misma a evitar a toda costa recordarlo, y llevaba todo el día sin poder evitarlo.

—Espero que mi nota poco afable sirva para que pierdan el interés por conocer a los habitantes de esta casa —masculló, mirándola por encima de hombro—. Desde luego, nosotros no queremos saber quiénes son.

—Convendría que lo sepa, milady —se atrevió a decir Letty, pues tenía la suficiente confianza con su señora para exponer un consejo—. Recuerde que al poco tiempo de instalarnos descubrió qué familia vivía a unas pocas horas de aquí, y se asustó mucho...

Bella cerró los ojos con fuerza, evocando en su mente el miedo que sintió al descubrir que a unas horas en carruaje estaba Kinsberly Hall. La angustia de estar tan cerca de la familia de él no había sido tan grande como el dolor de saber poco después que no se lo había vuelto a ver desde hacía varios años.

Si el imponente marqués de Kinsberly, había pensado, no había dado con su hermano menor, ¿qué había sido de él?

—Quiero retirarme, Letty —susurró; la entristecía el simple reflejo de aquellos pensamientos.

Su doncella, consciente de lo que sentía, asintió y se acercó hasta ella para rodearla con los brazos. Bella agradeció el consuelo, pues era el único que había recibido siempre y sabía muy

bien que era sincero.

—Vamos, lady Bella —musitó—. Primero ha de cenar; iré yo misma a buscar a su hijo.

Capítulo 9

La nieve cayó sin cesar durante dos días seguidos, pero en cuanto un atisbo de sol asomó por el horizonte tras el alba William ensilló él mismo su caballo.

El camino todavía nevado complicaba a su montura, y su buena experiencia como jinete adoptada en sus largas estancias en zonas desiertas no era de gran ayuda ante la adversidad de las consecuencias invernales de diciembre. Pero la resolución humana era más fuerte que cualquier obstáculo.

Cabalgó a paso ligero y sin forzar en exceso al animal. Fue comprensivo cuando este se detenía, agotado, y lo animaba y recompensaba cuando seguía reticente su tarea. Will divisó a lo lejos la mansión de las tierras que lindaban con las suyas, el corazón empezó a latirle contra el pecho.

Cuando estuvieron a pocos metros fue visto por varios mozos que quitaban nieve de la entrada, donde la verja estaba abierta para facilitarles el trabajo. Se miraron entre ellos, extrañados quizás de ver a alguien a caballo con aquel clima, y dejaron lo que estaban haciendo para interponerse en la entrada.

—¿Milord?

—No soy lord —masculló acercando más su montura—. Díganle al dueño de esta casa que necesito hablar con él.

Eran las palabras más ridículas que habían pronunciado sus labios, pensó con irritación, pero era muy consciente de que no podía solicitar una entrevista con ella directamente. Se presentaría ante su marido como un viejo conocido que simplemente quería saludar a una vieja amiga.

Al fin y al cabo, no era mentira. El matiz que se ocuparía de ocultar era que no era un amigo cualquiera, sino el hombre que había tenido su amor por primera vez antes de que él se la arrebatase.

—Lo siento, señor —gritó el que parecía tener más autoridad para hacerse oír a través del fuerte viento—. No podemos dejarlo pasar si no lo esperan.

—Aquí no hay ningún hombre —bramó otro, que fue reprendido por el primero con un manotazo.

William frunció el ceño y se recolocó el sombrero, que amenazaba con irse volando.

—Recibí ayer mismo una carta de los dueños de esta propiedad, no me mienta fingiendo que no está habitada; puedo ver el humo de la chimenea encendida desde aquí.

El primero hombre lo miró con menos recelo y se acercó un poco más a él.

—Disculpe, señor —dijo—. Desde luego que está habitada, pero no por ningún lord. Si eso es lo que busca, me temo que se ha equivocado.

Nervioso ante la posibilidad de ser despedido sin poder llegar a ella, pensó con rapidez las alternativas que la nueva información le revelaban.

Si no había ningún hombre en aquella casa, Byron le había dado una información incorrecta y Bella Wislow no vivía ahí con su marido. Sin embargo, afirmaban que sí estaba habitada, entonces alguien relacionado con ella ocupaba esa mansión para que su hermano pensara lo anterior.

Los hombres empezaban a impacientarse, mirándose entre ellos.

—En realidad, busco a la señora —dijo con firmeza.

Quizás fue su tono de voz lo que lo ayudó, pero una poco disimulada sonrisa se dibujó en los labios de los mozos y asintieron para dejarlo pasar. William supo de inmediato que lo habían confundido con un amante.

Accedió hasta la entrada de la mansión, muy similar a la suya, sin más problemas. La puerta estaba cerrada a cal y canto y no veía nada del interior de la casa debido a que todas las ventanas tenían corridas las cortinas desde el interior.

Tocó la puerta lo más calmado que pudo, pero la respiración le comenzó a fallar cuando un mayordomo casi tan alto como él le clavó su mirada escrutadora confirmándole que los trabajadores habían cometido un grave error dejándolo pasar.

—¿Trae tarjeta de visita, señor?

William tragó saliva.

—No la necesito —masculló—. Dígale a su señora que William Kinsberly quiere verla.

El hombre lo miró de hito en hito, molesto por su arrogancia. Cuando se retiró para nombrarlo ante su señora, William no lo pensó y entró, aunque no fuera invitado. Siguió el murmullo del crepitar del fuego, que lo llevó hasta un salón acogedor donde el sirviente estaba de espaldas a él anunciando su visita.

—¿Qué ocurre, Adam?

El sonido de su voz llegó hasta él y detuvo sus pasos en el acto, o eso pensaba. Pero en realidad fue su respiración la que se detuvo, pues los pies de William habían cobrado vida por sí mismos y continuaron andando hasta estar justo detrás del mayordomo y rodearlo, hechizado al volver a escuchar su voz.

El hombre estaba a punto de decir su nombre cuando él lo rodeó y se dejó ver.

William dio con unos ojos grises abiertos con exagerada sorpresa. Su amada Bella, la joven que había amado hacía tantos años, estaba sentada en una butaca que era demasiado grande para su menudo cuerpo. Sostenía un libro que se cayó al suelo cuando ella se llevó las manos a los labios para evitar gritar.

No podía respirar, pensó Will, su interior había quedado paralizado y no respondía. Una lágrima rodó por su mejilla, seguida de muchas más. No fue consciente del momento en que Adam,

así lo había llamado ella, los dejó solos al ver que la señora conocía al recién llegado.

A unos metros de distancia y con lágrimas en los ojos, William la observó y se deleitó con la imagen de sus ojos grises y cabello oscuro. Seguía igual de menuda y delgada, casi pálida, y lucía un vestido sencillo color beige que resaltaba el azabache de sus rizos recogidos en un moño.

Ella también lloraba, y cuando se levantó y dio unos pasos hacia él mientras negaba con la cabeza, William no pudo soportarlo más.

Cortó la distancia entre ambos y se apoderó de sus labios mientras la abrazaba y tomaba de la cintura contra su cuerpo. Ella le respondió poniéndose de puntillas para rodearle el cuello con los brazos, provocando que el sombrero de copa cayera hacia atrás.

Los sentimientos se evocaron entre besos cargados de lágrimas que se unían entre ambas pieles. William sintió el cielo entre sus manos en cada beso que ella le devolvía. La sintió abandonarse al reencuentro con la misma intensidad que él, y la besó con más fuerza cuando susurró su nombre contra su boca.

Absorbió las lágrimas de ella con besos rápidos y frenéticos, pero no cesaban de caer.

—No llores —susurró besándole los párpados de los ojos cerrados—. Mi niña, no llores.

Pero aquello hizo que Bella llorase mucho más, y su llanto se volvió incontrolable. William dejó de besarla para abrazarla y mecerla contra su pecho. Apoyó la barbilla contra su cabello, ahora alborotado, y dejó salir él también las lágrimas que se agolpaban en sus ojos. Las convulsiones de su pequeña siguieron por un largo rato, y no la soltó ni aflojó el abrazo. La sostuvo con firmeza todo aquel tiempo, dándole oportunidad a calmarse en la protección de su pecho.

Cuando Bella consideró que ya era suficiente, alzó la vista hacia él e intentó controlarse al verlo con los ojos hinchados.

—¿Mejor? —le preguntó él en un susurro.

Ella asintió brevemente y se soltó de su abrazo para verlo mejor. Interpusieron un metro de distancia entre ambos, conscientes de que era la única forma de que dejaran de llorar.

—Has vuelto —susurró ella.

—Tú también has vuelto.

Bella buscó asiento y lo invitó a imitarla. Sentados a una prudente distancia, los dos consiguieron normalizar la respiración y contener el llanto. William empezó a mirar con curiosidad a su alrededor mientras ella ordenaba té.

—Este es tu hogar —dedujo él.

Ella siguió su mirada y emitió una breve sonrisa.

—Así es —dijo—. Volví hace ya muchos años.

William la miró con sorpresa.

—¿Cuántos años?

—Seis.

Él asimiló aquello.

—Llevas aquí seis años...

—Sí —musitó sin comprender su reacción—. Pero no he vuelto a aparecer en sociedad. De hecho, no he ido a la ciudad desde que regresé.

—Tu estancia aquí no es un secreto, Byron sabía perfectamente que estabas aquí.

El deje de ira contenida en su voz al mencionar al marqués de Kinsberly tomó por sorpresa a Bella, pero al no comprender el motivo no dio mayor importancia.

—No estamos muy lejos —dijo—, y no me escondo.

—Lo siento, no quise decir eso.

Ella asintió. Una doncella llevó el té, Bella le pidió que se retirara y se dispuso a servirlo ella misma, buscando calmar los nervios.

—Supe que era tu familia poco después de instalarme. Fue cuando me di cuenta de que ya no estabas en el país. ¿Cuándo has vuelto?

—Hace poco más de una semana.

—Vives con lord Kinsberly, supongo. ¿O te irás a la ciudad?

William aceptó la taza de té que le ofrecía.

—Lo cierto es que tengo mi propia mansión —dijo con orgullo—. Somos vecinos.

Sus palabras no la tomaron por sorpresa, pues se había convertido en una mujer audaz y le había llevado dos segundos atar cabos con la nota firmada por W.K. y verlo en su salón unos días después.

—Has aprovechado el tiempo —sonrió.

William no consideró prudente hablar sobre los negocios que lo habían llevado a una considerable fortuna, acababan de reencontrarse tras ocho años, así que se limitó a asentir y dar por entendido lo evidente.

El silencio que siguió estaba cargado de incomodidad, pero William sintió que no era por los años transcurridos ni por falta de cosas que contarse. Ni siquiera por la forma tan abrupta en la que sus caminos se habían separado. El verdadero motivo era la pregunta que lo estaba ahogando y no se atrevía a formular.

Ella dejó su taza sobre la mesa pequeña y redonda que había entre las butacas que ocupaban, después tomó la de él para hacer lo mismo. Sus dedos se rozaron y sus miradas se encontraron. William la retuvo y dejó él mismo el platillo sobre la mesa sin soltarla ni apartar la mirada.

—¿Qué estás haciendo aquí, Bella?

Ambos sabían que no se refería al evidente hecho de que estuviera en tierra inglesa. Al principio pensó que no le iba a responder, pero cuando alzó la cabeza y lo miró de frente sin miedo, supo que podía preguntarle cuánto deseara y ella le diría la verdad.

—Volví después de la muerte de mi marido.

William recibió la noticia con la armadura puesta, pero ella se la arrebató de un solo golpe. Estaba allí, sola, porque era una mujer viuda, no porque hubiese escapado o huido del hombre que la arrebató de su lado.

—Lo lamento —masculló.

—Fue hace muchos años —lo informó sin apartar la mirada, retándolo a cuestionarla.

William, por supuesto, no lo hizo. Se alejó de ella para asimilar lo que le estaba contando y se detuvo a unos pasos de distancia dándole la espalda. Bella guardó silencio, organizando sus ideas y decidiendo si aquello era una buena o mala noticia para él.

El beso que habían compartido le dejaba claro que entre los dos nada había muerto, que aquel amor de adolescentes seguía igual de apasionado en alguna parte de sus corazones. Pero Bella había desaparecido de su vida, y sabía que su partida del seno de su familia había tenido mucho que ver con eso.

—Eres viuda —murmuró él—, eso aclara muchas cosas; como el hecho de que te hayas refugiado aquí para no volver con tu padre.

—Mi padre murió, Will.

Él giró sobre sí mismo, sorprendido por la noticia.

—No sabía nada.

—Lógico —asintió ella—, acabas de volver. Sin embargo, yo sí supe de la muerte de tu madre; lo lamento.

William agradeció el pésame con un gesto y volvió a sentarse junto a ella. La muerte de la viuda lady Kinsberly había sido muy dura para su familia, pero ni aquello lo hizo regresar.

—¿Quieres más té? —preguntó nerviosa.

Él negó con la cabeza, perdido en su mirada gris. En ella, podía ver todavía la tormenta que se formaba cuando se sentía angustiada. Quizás su visita la estuviese incomodando, pero tenía tantas preguntas que la prudencia amenazaba con fallarle.

Will quería preguntárselo, pero si lo hacía no tendría forma de explicar que había sabido todos aquellos años de la existencia de su hijo. Prefería esperar que ella misma lo mencionara, incluso que se lo presentara. ¿Y si lo hacía? No estaba seguro de cómo reaccionaría. ¡Era el hijo de otro hombre! El fruto del amor con su difunto esposo.

—¿Fuiste feliz? —escupió de repente.

Bella abrió los ojos, angustiada por lo que veía en él: rabia contenida.

—Will...

—¿Lo fuiste?

La tormenta gris de su mirada dio paso a un nuevo repertorio de lágrimas. William se sintió culpable; no era nadie para juzgarla, pensó. Su historia estaba ubicada en un momento y circunstancias muy lejanas. Eran niños... enamorados, pero niños al fin. Su rabia durante mucho tiempo había sido hacia sí mismo por haber estado inconsciente y haberla dejado marchar. También se enfureció con su hermano Byron, pero pasado el tiempo y tras su descubrimiento en tierra americana comprendió que la elección fue únicamente de ella.

Bella había escogido a aquel comerciante. Quizás por su fortuna, pues no lo conocía, o simplemente para complacer a su padre y cumplir con la obligación como hija de un vizconde.

Fuera cual fuese el motivo, estaba convencido de que no se arrepentía de su elección, y el hijo que estaba en aquel momento en alguna parte de aquella casa lo demostraba.

Se puso en pie dispuesto a marcharse, lo hizo tan abruptamente que ella lo imitó secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—No tienes que irte —dijo—. Puedes quedarte a cenar, si lo deseas.

—No es buena idea —musitó—. Solo quería comprobar por mí mismo que eras tú de verdad.

Ella captó el mensaje: el marqués de Kinsberly le había informado de quién vivía allí.

—La vida es muy caprichosa a veces.

William emitió una media sonrisa cargada de tristeza. Pero ¿de verdad estaba triste? Después de ocho años con el alma rota, había vuelto a ver a la mujer que había amado, y seguía amando. Había podido comprobar que estaba bien, que seguía hermosa, que disfrutaba de una buena vida y tenía la protección de pasar sus días a su gusto tras heredar el dinero y apellido de un hombre que, estaba convencido, la había dejado con una buena fortuna. Era viuda, y eso le daba libertad para hacer lo que quisiese.

—¿Cuál es tu apellido? —le preguntó con la voz débil.

Ella frunció el ceño ante su pregunta, pero no lo insultó intentando evadirla.

—Hooks.

William asintió.

Su orgullo se vio debilitado durante un segundo, imaginando a toda una ciudad llamándola por aquel nombre. Comprendió que, aunque Hooks estuviese muerto, ella había sido suya como nunca había sido ni sería de él.

—Debo irme.

—¡William!

Él se detuvo y se giró hacia ella, con la cara compungida por el dolor. Tragó con fuerza el nudo que asomaba por su garganta cuando ella empezó a llorar nuevamente. ¿Por qué diablos lloraba? Era él quien estaba destrozado por dentro. Maldita fuese la hora en que había comprado esas tierras...

Antes de perder el poco control que le quedaba, se puso el sombrero y salió de aquel lugar con el diablo en el cuerpo.

Capítulo 10

La última noche del año era la favorita de los niños de la familia Kinsberly por la cantidad de dulces que les permitían comer. Reunidos en el salón familiar, William observaba divertido cómo entre todos representaban el cuadro perfecto para dibujar. Intentó quedarse con cada detalle y se prometió retomar la pintura con aquella imagen tan magnífica que su regreso le estaba regalando. Grace había partido hacia Wolfwood Hall, pero ya la compensaría con un dibujo propio de ella y los suyos.

A su lado y observando la imagen con semblante complacido, estaba Byron. Will había hecho un esfuerzo por no ir contra él después de remover el pasado. Los sentimientos que había causado su marcha habían vuelto con la misma intensidad después de ver a Bella, y entre ellos estaba el resentimiento hacia su hermano mayor por no haberlo ayudado a retener la mujer que amaba.

Durante la cena había hablado poco, pero se comportó y no dejó salir a flote la incomodidad que lo inundaba. No obstante, ahora que todos se distraían con el nuevo año, ellos podían hablar.

—Bella es viuda —le dijo sin mirarlo, sabía muy bien que estaba atento al momento en que decidiera hablar.

Byron dio un trago al contenido ámbar de su copa y guardó silencio unos segundos.

—No tenía ni idea.

—Ha vuelto hace muchos años, es curioso que no lo sepas.

El marqués captó el deje de reproche y lo miró de soslayo.

—¿Hay algo que quieras decirme?

William respondió a su mirada.

—Supiste por tus detectives dónde estuve en cada momento —masculló entre dientes—, y no solo no le dijiste nada a nuestra familia, sino que tampoco viste oportuno decirme que ella volvió hace seis años. ¡Seis malditos años!

—¿Pretendías que te escribiera para que volvieras a buscarla? Te repito que no sabía que era viuda.

—Debiste decírmelo, de todas formas.

—No volviste para el entierro de nuestra madre —gruñó Byron—, no vi la posibilidad de que lo hicieras por la mujer que te abandonó para casarse con otro.

William recibió aquel golpe bajo con furiosa resignación. Se acabó el contenido de la copa y se

puso en pie.

—¿A dónde vas, Will?

Él no respondió. Miró una vez más al resto de su familia y sin pensarlo dos veces cogió la botella de la que ambos había estado bebiendo y pidió su carruaje.

El helado clima fue más soportable cuando el caliente líquido del whisky bajaba por su garganta. El carruaje que había decidido usar para ir a pasar fin de año con su familia avanzaba con pesada lentitud a causa de la nieve y, la noche oscura sin estrellas ni luna amenazaba con convertir el regreso a su casa en una tarea interminable.

Con el juicio nublado miró a través del empañado cristal de la portezuela, divisando luces a lo lejos; estaban pasando frente a la mansión de lady Bella Hooks. Su amada Bella...

Con un golpe en el techo, ordenó al cochero que se detuviese. Abrió el compartimento que permitía darle nuevas órdenes y le indicó que se dirigiera hacia aquella casa en la que parecía bullir la actividad.

William esperó paciente a que abrieran la verja y le cedieran el paso tras recordarlo. Esa vez, cuando llegó a la entrada, el mayordomo ya lo estaba esperando en la puerta con las manos a la espalda.

Bajó del carruaje y caminó hasta él, con la postura todo lo erguida que le permitía el exceso de alcohol.

—Señor William, buenas noches.

—Feliz año nuevo, Adam.

El mayordomo arqueó una ceja, molesto por la confianza.

—¿Lo espera lady Hooks?

Antes de que pudiera responder, tras el mayordomo apareció la causa de su agonía.

Bella lo miró por encima del hombro del fiel empleado, no tan sorprendida como preocupada al darse cuenta de su estado.

—Déjelo pasar, Adam.

El aludido se apartó y lo invitó a entrar, no muy a gusto con su intromisión a esas horas de la noche.

William avanzó hasta ella y escuchó cerrar tras de sí la pesada puerta de la entrada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella en un susurro.

Él tragó saliva, conteniendo la verdadera respuesta a esa pregunta. Evitando decirle que había ido a preguntarle lo que le estaba torturando cada noche desde que la había vuelto a ver.

—Estaba con mi familia.

—Debiste quedarte con ellos, es muy tarde.

Él negó con la cabeza. Bella resopló, sin comprender, y caminó hasta la sala en la que se habían

reunido días atrás para que él la siguiera.

—Estaba a punto de retirarme.

—Vi la luz de las velas a lo lejos —se excusó él—, te pido disculpas si te he molestado.

Ella giró sobre sí para mirarlo.

—Has bebido, William.

Él asintió, era ridículo negar lo evidente. No se opuso cuando ella lo ayudó a sentarse en uno de los sofás y tomó asiento junto a él.

William admiró lo hermosa que estaba.

Tenía un vestido color marfil de corte imperio y mangas ajustadas hasta las muñecas. El cabello oscuro acentuaba los años que habían pasado, disimulando la niñez de sus ojos. Will pensó si había sido buena idea detenerse, porque en ese momento de lo único que tenía deseos era lo menos que necesitaba.

Ansiaba saber, maldita sea. Quería saber todo sobre aquellos años que había estado lejos de ella; necesitaba comprender por qué se había marchado, por qué lo había abandonado.

Pero tenerla delante nuevamente era tan maravilloso como agonizante. Con el juicio nublado, se levantó con decisión y fue hasta las puertas del salón para cerrarlas. Bella fue hasta él, preocupada.

—¿Qué estás haciendo?

Él la miró por encima del hombro y la apartó con delicadeza para cerrar las puertas.

Cuando dio la vuelta, ella estaba de pie tras él, mirándolo con el ceño fruncido. William percibió desaprobación en su adorable mirada gris, pero también fue consciente de que no había miedo, ni reproche; ella confiaba en él.

—Lo que quiero que hablemos no permite interrupciones —susurró él.

—En tu estado no deberías hablar, sino dormir.

William dio un paso hacia ella, y el corazón le dio un vuelco cuando ella no se echó hacia atrás, sino que aceptaba la cercanía.

—¿Crees que puedo dormir, Bella? —Ella hizo un mohín, le costaba respirar—. No podré volver a conciliar el sueño hasta que me digas por qué.

Bella negó con la cabeza, reteniendo el llanto que amenazaba con escapar de sus labios.

—¿Por qué me abandonaste?

Pero no la dejó responder. William tomó el ovalado rostro entre las manos y la besó con la dulzura y delicadeza de ocho años atrás, en aquel primer beso bajo las estrellas. Por un instante, casi volvieron a tener quince y diecisiete años. Mas ya no estaban en aquel pasado, sino en un presente muy distinto en el que ambos tenían secretos que revelar.

Bella recibió sus besos con la misma pasión que días atrás, pues no era capaz de rechazar al hombre que había amado durante todos aquellos años.

William la alzó al tomarla por la cintura, sintiéndola cuan larga era, y la deslizó lentamente hasta el suelo rozando todo su cuerpo. El deseo de ambos fue demasiado. Detuvieron el beso un

instante para mirarse, verse de verdad, y cuando Bella asintió y le puso una mano en el hombro Will obtuvo la señal que necesitaba.

Caminaron sin dejar de mirarse hasta el sofá color crema en el que estaban sentados momentos antes. William buscó su boca y la obligó a abrir los labios para encontrar su lengua y hacerla enloquecer. Ella echó la cabeza hacia atrás, invitándolo a profundizar el beso. Un odioso pensamiento acudió a la mente de él cuando la tomó por la cintura y la sentó a horcajadas encima de él, pero lo apartó con furia y se concentró en acariciar una y otra vez el dibujo de su estrecha cintura.

Cuando la tomó de las nalgas a través del vestido y la invitó a moverse encima, Bella exhaló, sorprendida, y se apoyó con las manos en sus hombros para hacer lo que él le pedía.

—Te necesito —susurraba Will contra su cuello.

William sabía de sobras que no sería su primer hombre, pero la deseaba con la misma fuerza que antaño a pesar de ello. Ella fue consciente de ese pensamiento cuando lo detuvo un instante y lo miró a los ojos. Ambos se comunicaron sin necesidad de palabras; lo dos lo necesitaban. Hablarían, se sincerarían, pero necesitaban estar juntos.

—¿William? —musitó interrogante para asegurarse de que pensaban lo mismo.

Él asintió, y muy lentamente apartó toda tela que separase su intimidad. Cuando la tocó, ella cerró los ojos y apoyó la frente contra la suya. Jugó con su boca mientras captaba los gemidos que provocaban sus caricias, y la mando a callar cuando sus gemidos comenzaban a ser demasiado altos.

Bella se agarró a él mientras la hacía perder el control con sus caricias. No sabía qué le estaba haciendo con los dedos, pero su cabeza de pronto dejó de pensar y tuvo que enterrarla en la curva del cuello de William para no gritar de placer.

Él la siguió acariciando con más delicadeza mientras ella recuperaba el sentido, y entonces la penetró con todo el deseo y amor que lo inundaba. Se besaron y gruñeron mientras los movimientos de ella se hacían más frenéticos cada vez. Will se echó hacia atrás para observarla, complacido de ser el responsable de la lujuria que brillaba en sus ojos y los jadeos de los labios entreabiertos.

—Por Dios, Bella —gimió él.

Las manos y los besos no cesaron hasta que Bella se perdió en un nuevo clímax que lo hizo enloquecer. La inmovilizó con sus fuertes brazos, rodeándola, y derramó dentro de ella su propio placer.

Will la sostuvo con firmeza y la tumbó en el sofá. Como pudo, le bajó el vestido y la ayudó a volver a estar presentable; solo después de lograrlo se preocupó por él.

Ella lo miraba con incertidumbre mientras él intentaba que la chaqueta regresara a su habitual planchado, pero por más manotazos que le daba las arrugas que había al Bella sujetarse a ella eran incorregibles. Rindiéndose, se sentó a sus pies, dejándole el máximo espacio para que estuviese cómoda.

Fijó la mirada en un punto perdido de las cortinas, consciente de que ella lo observaba. La había hecho suya, pensó, por fin la había hecho su mujer. Y, sin embargo, quería romperle la cara a alguien.

—¿Qué ocurre? —susurró ella con voz espesa.

Él la miró, adorando la expresión relajada de su rostro, pero sin poder apartar de su mente cuántas veces otro hombre la hubiera seducido igual.

William negó con la cabeza, incapaz de hablar.

Bella, astuta, supo de inmediato lo que sucedía.

—Will, no...

—¿Mamá?

Una suave voz al otro lado de la puerta la hizo incorporarse de súbito. Bella miró primero la puerta cerrada con los ojos abiertos en su plenitud y después a William, que se había puesto en pie y la miraba a ella con semblante tranquilo.

Antes de que pudieran hacer nada, una figura de poco más de un metro abrió una de las puertas del salón y entró buscando con la mirada a su madre. Cuando la vio acompañada se cohibió tanto que llevó las manos a la espalda y miró al suelo mientras se mecía de un lado a otro.

—He ido a tu cuarto y no estabas, mamá —musitó.

Una muy nerviosa Bella fue hasta él y se arrodilló para cogerle las manos.

—No pasa nada, cariño, mamá irá enseguida.

El pequeño asintió, mirando de reojo al invitado inesperado.

William, que fue consciente de la tensión de Bella, se dispuso a liberarla de su sufrimiento.

—Perdona por haber entretenido a tu madre —musitó acercándose a él. Bella lo miró, angustiada, y se puso tras el niño cuando Will asintió para tranquilizarla—. ¿Sabes qué día es hoy?

Él asintió.

—Empieza un nuevo año después de las doce —dijo con entusiasmo—. La señorita Marie me lo ha explicado a los cuatro años.

—¿Y cuántos tienes ya?

—Seis, señor.

William alzó la vista hasta Bella, quien lo evitó.

—¿Sabes lo que suele decirse para cuando un nuevo año comienza? —El pequeño negó con la cabeza y esperó la información—. Debes cumplir un deseo el primer día del año, para que todos los demás se cumplan.

El hijo de Bella abrió los ojos tan grises como los de ella con una grata sorpresa, acompañado de una sonrisa igual de reluciente.

—¿Tiene algún deseo que cumplir mañana, señor...?

—William —lo informó entusiasmado—. Me llamo William Hooks, señor.

Aquello fue demasiado para él...

Will no apartó la vista del pequeño, que lo miraba ahora con curiosidad al ver su reacción. Las lágrimas se agruparon en sus ojos y miró al suelo para sorber por la nariz y contenerlas. Cuando miró hacia arriba, Bella lo miraba compungida.

—¿Cuál es tu deseo, William? —le preguntó sin apartar la mirada de Bella.

—Montar a caballo, señor, pero mi madre dice que es muy pronto.

Él sonrió, invitándola a hacer lo mismo y tranquilizarse, volvió a centrar la atención en el pequeño William.

—Mañana lo cumplirás, pequeño.

—¿Usted me enseñará? —Él asintió—. Pero yo no lo conozco.

Will miró un segundo a Bella antes de responderle.

—Me llamo William Kinsberly, y te haré cumplir el primer deseo del año.

El niño dio un pequeño salto y llenó de preguntas a su madre, que reía con amor al ver la emoción de su hijo. Cuando él se incorporó y buscó su mirada, le asintió, asegurándole que todo estaba bien.

—Lo cumplirás si te vas a dormir sin rechistar, cariño.

Con la misma rapidez que había aparecido, el pequeño William salió del salón dejando la puerta abierta. Ambos se quedaron mirándolo correr hacia la escalera principal y desaparecer en la planta superior.

El llanto de Bella volvió su atención hacia ella y la abrazó fuerte contra su pecho.

—Shh, ya hemos llorado demasiado.

Ella lo rodeó por la cintura y aceptó que la calmara mientras le acariciaba el pelo.

—Iba a decírtelo, hay muchas cosas que debemos hablar.

—Lo he sabido siempre, Bella.

Alzó la vista hacia él, sin comprender, y esperó que se lo explicara mientras secaba con delicadeza el resto de las lágrimas.

—¿Cómo dices?

Él la miró con profundidad.

—Te busqué —susurró—. Di contigo mucho tiempo después, cuando conseguí dinero para permitirme ciertos lujos. —Se distrajo acariciándole el rostro mientras hablaba—. Supe dónde vivías. Obvié todo lo que tuviese que ver con tu esposo, incluso su apellido, y me centré en la información que tenía de ti: eras feliz. Y varias citas al médico me lo confirmaron.

Ella se apartó de él, llevándose una mano a los labios.

—Estabas embarazada, y supe que te había perdido para siempre.

Bella no pudo articular palabra, se limitó a mirarlo con pesar, como si comprendiera de pronto todo lo que había vivido sin la necesidad de que le contara más.

—Las cosas no fueron como imaginé que serían, Will, yo...

—Basta, Bella —la cortó él con delicadeza—. No vale la pena.

—Pero hay muchas cosas que no sabes.

—¿Saberlas cambiaría algo?

Ella meditó la respuesta y se apartó más de él.

William recogió el sombrero del suelo y se lo puso: era hora de marcharse.

—Escúchame —susurró acercándose a ella y haciéndola volverse—. Te sigo amando, Bella, jamás he dejado de hacerlo. Fue una tortura por mucho tiempo, porque pensaba que jamás volvería a verte. Pero no sé si tiene sentido que hablemos y recordemos las cosas que nos separaron.

—Lo tiene, Will, yo...

Él la besó para silenciarla. Unió sus frentes y negó con el ceño fruncido.

—Ya es bastante difícil, Bella, por favor. —Dicho eso, depositó con ternura un beso en su frente—. Os veré mañana, ya sabes dónde vivo.

Capítulo 11

Una pulcra nota, esta vez firmada con su nombre de pila, le comunicó que ella y su hijo no irían a visitarlo. Nombró vagamente los muchos mandamientos sociales que estarían violando, y después usó el clima como excusa. William no se sorprendió, pues sabía de sobras que después de lo sucedido entre ambos, tendría mucho que pensar.

Tenía la esperanza de que lo conocía lo suficiente. Y si de verdad lo había llegado a amar como se imaginaba que todavía lo amaba, sabría que no le había hecho el amor para después desaparecer de su lado nuevamente.

Quería estar con ella, y no había nada que se lo impidiese. Era un hombre con fortuna propia conseguida con su esfuerzo e inteligencia, y ella era una joven viuda que necesitaba la protección de un hombre para volver a salir al mundo.

Pero a pesar de su optimismo y la pasión que se encendía en sus venas al recordar sus besos y cómo reaccionaba a sus caricias, una duda lo perseguía en su mente.

¿Y si ella hubiese amado a su difunto esposo? Ninguna mujer se enamora de la misma forma dos veces, y estaba seguro de que, en caso de que lo hubiese querido, no lo hubiese hecho como a él.

Pero le había dado un hijo, pensó mirando la elegante letra femenina, y algún sentimiento tenía que haber nacido dentro de su ser después de aquello. Quizás Hooks, en paz descansara, la hubiese tratado bien y ganado así su amor.

Maldito fuese, pues, porque no podía odiarlo. Saber que había estado protegida y cuidada todos aquellos años lo invadía de una calma que le producía desasosiego y angustia, porque no sabía qué debía sentir exactamente.

William deseaba recuperarla. Lo ansiaba con todo su ser. El destino había sido bondadoso, devolviéndola a su camino. No podía ser una casualidad, pensaba mientras gruñía de impotencia. Anhelaba el amor que había sentido, lo quería recuperar a toda costa, pero su convicción se volvía débil si el fantasma de aquel hombre era importante para ella. Will necesitaba *algo* que lo hiciera recordar la intensidad del amor que habían sentido, sobre todo del que ella había sentido por él.

Y solo había una forma de convencerse, pensó mientras subía corriendo hasta su habitación.

El pequeño Will no dejó de hacer preguntas sobre el nuevo amigo que iba a enseñarle a montar caballo. Expuso, como si lo hubiese ensayado con él, cada una de las razones por las que era tan importante cumplir aquel propósito esa mañana.

La nieve la ayudó a evadir un encuentro con William tan pronto, pues todavía sentía que no se recuperaba del cúmulo de emociones que habían vivido tan de golpe en pocos días.

Jamás pensó que lo volvería a ver, razón por la que no dudó en llamar a su hijo con el nombre del joven que la había enamorado de la forma más intensa e inolvidable. Una parte de ella estaba furiosa con él, pues no era agradable descubrir que el hombre con quien soñaba durante años siempre supo todo de ella, mas ella jamás supo nada de él. supo que iba a tener un hijo y llegó él mismo a la conclusión más obvia, pero la más equívoca.

Letty le retiró la taza de té del regazo cuando la vio perdida en sus pensamientos. Había caído la tarde, y su hijo por fin había accedido a sus súplicas de que fuera a hacer tareas con la institutriz y así dejar de pensar en las promesas que había hecho William.

—¿Está muy cambiado? —preguntó la doncella con inquietud, no sabía si su señora querría hablar al respecto.

Bella sabía a quién se refería.

—Está más alto y más fuerte —musitó con la vista pedida en un punto de la alfombra—. Pero sigue siento el mismo hombre adorable.

Un suspiró escapó de los labios de su confidente.

—Es increíble que esto esté sucediendo —comentó—, pero debe verlo como una oportunidad, milady.

—¿Para qué, Letty?

—¿Para rehacer su vida! Es usted muy joven apara quedarse sola, y muy hermosa.

Bella negó con el ceño fruncido.

—No creo que sean esas sus intenciones.

—Pero él y usted...

Ella apartó la mirada, tímida, y asintió brevemente. Sin embargo, lejos de juzgarla, su doncella se abalanzó hasta su lado, en el sofá, y la tomó de las manos.

—¿Es que no lo ve? El señor William todavía está enamorado de usted. De lo contrario, no la hubiese irrespetado.

—No soy pura, Letty.

—Es una mujer adulta, madre de un niño, eso es cierto. Pero para nadie es un secreto que un caballero yace en el lecho de una dama únicamente cuando su corazón lo desea.

Bella se apartó de ella, resoplando. Su doncella solía tener ideas muy románticas.

—Aunque así fuera —musitó—, con mi rechazo de esta mañana pensará con más firmeza lo que vi ayer en sus ojos.

—¿Es que duda usted de sus sentimientos?

—No —negó—, y creo que él tampoco debería dudar de los míos. Pero es evidente que la

existencia de Will pone en su imaginación cosas insospechadas de mi relación con Charles.

La doncella se incorporó y fue tras ella para detenerla en su impaciente paseo en círculo.

—¿Es que no le ha dicho la verdad?

Bella negó con la cabeza, confusa ante la desaprobación de su amiga fiel.

Capítulo 12

Golpeó la puerta principal con todas sus fuerzas. Se le fue la vida en ello mientras gritaba su nombre una y otra vez. Cuando se apartaba para ver si había un signo de actividad en la casa, el tormento aumentaba y volvía a aporrear la puerta con renovada intensidad.

William contuvo con fuerza el llanto que asomaba a su garganta mientras la desesperación lo hacía enloquecer. Dónde diablos estaba Adam, masculló para sí; todo mayordomo ha de estar pendiente a la puerta de la casa en la que sirve.

Como atraído con sus pensamientos, en aquel instante la puerta se abrió y casi lanza el siguiente golpe contra la cara del molesto e indignado sirviente.

—¿Qué hace usted aquí, señor? ¡Esto es una casa decente!

—Dígale que baje —le ordenó sin vacilar—. Ahora.

El hombre continuó lanzando improperios y apuntándolo de forma agresiva con el dedo índice. Lo último que escuchó fue una amenaza relacionada con un rifle que poco le importó cuando Bella aparecía en el vestíbulo cubierta con una capa.

—¿William?

Su voz adormilada lo hizo sentir culpable, pues eran más de las dos de la mañana.

—Dile que me deje pasar —le suplicó con voz tranquila, aludiendo al enérgico mayordomo que se interponía con firmeza ante él y la puerta.

—Adam —lo llamó ella—, retírese.

Con asombro, William vio transformarse al alto sirviente en un gato manso y dar media vuelta. Estaba claro que conocía los diversos tonos de voz de su señora.

Una vez cerrada la puerta, William respiró hondo antes de mirarla.

Estaba temblando de frío, observó con pesar. Se quitó el abrigo mientras se acercaba a ella y lo posaba sobre sus hombros.

—¿Has venido cabalgando, William?

Él asintió, embelesado por el movimiento de sus labios al hablar. Sin poder soportarlo más, se inclinó hasta ella y la besó.

Un gemido de sorpresa escapó de los labios de Bella, pero lo inundó de un placer sin igual cuando no lo rechazó.

—No podía dormir sin hablar contigo.

—¿Ahora?

Él no respondió, sino que la tomó de la mano y la arrastró escaleras arriba.

—¿A dónde crees que vas?

—A tu cuarto.

—¿Qué?

—No quiero que tu mayordomo nos moleste.

William llegó al pasillo superior y abrió dos puertas para verificar si se trataba de su dormitorio. Al darse cuenta de que estaba dispuesto a encontrarlo a como diera lugar, Bella lo detuvo en la tercera puerta y señaló dos puertas más allá.

Entraron en silencio y él cerró la puerta con seguro. Al volverse, la imagen de un amplio espacio adornado con diversos muebles, cuadros y una alfombra danesa le inspiraron feminidad y elegancia. La cama, obsequiada con diversos cojines, estaba levemente deshecha. La imaginó tumbada en ella, mirándolo desde abajo con los ojos grises cargados de deseo, pero se obligó a volver a la realidad.

Bella se quitó el abrigo que le había ofrecido al entrar en calor por el fuego encendido que crepitaba unos metros más allá.

—¿Vas a decirme a qué has venido? —pregunto a la defensiva.

Él la miró como si la estuviera viendo por primera vez, como respuesta alzó entre ambos el paquete de cartas arrugadas y desgastadas que ya no se sostenían con la suave cinta.

Bella observó con el ceño fruncido lo que le mostraba, sin comprender, hasta que el sello de cera roto de una de ellas la hizo comprender. Instintivamente, dio unos pasos hacia tras, pero él repitió lo mismo hacia delante para no permitir distancia entre ambos.

—Vas a explicarme por qué diablos me abandonaste —masculló con la voz rota—. ¡Me amabas! Sentías lo mismo que yo y me obligaste a pensar que habías preferido a otro hombre.

Bella lo miraba a él y a las cartas, alternativamente. Sabía mejor que nadie el contenido que había en ellas.

—Por supuesto que te amaba —susurró.

Él tragó saliva y bajó la mano. Al hacerlo, las cartas se esparcieron por el suelo, algo que ellos ignoraron sumergidos uno en el otro en una mirada llena de súplicas.

—Fue porque no podía darte fortuna, ¿verdad?

—¡No!

—Porque si ese fue el motivo puedo culparte a ti directamente de todos estos años de sufrimiento —siseó acercándose tanto a ella que respiraba sobre su rostro—, por no saber esperarme.

Ella continuaba negando entre lágrimas sus acusaciones, pero no era capaz de hablar.

William le tomó el rostro entre las manos y le depositó intensos besos en los labios mientras su propio llanto surgía del pecho.

—Desapareciste sin saber siquiera lo que yo estaba dispuesto a hacer por ti...

—Lo sabía, Will, y ese era el problema.

Con delicadeza, se alejó de su cuerpo para ordenar sus ideas y se armó de valor mientras limpiaba las lágrimas que rodaban sin cesar.

—Estuviste a punto de morir con la paliza de aquellos hombres. —Un llanto le quebró la voz al recordarlo—. ¡Te vi! Vi cómo te golpeaban una y otra vez mientras mi padre me obligaba a observar y a decirme que aquello era por mi culpa. ¡Te hubiesen matado si no hubiese accedido a marcharme!

William quedó paralizado con aquella lluvia de información. Bella dejó salir el llanto y lloró sin cesar mientras se escondía tras las manos, con las que se cubría la cara. Obligándose a reaccionar, fue hasta ella y buscó la forma de volver a mirarla a los ojos.

—¿Te obligó a verlo? —preguntó con ira contenida. La otra parte, que aquel ataque había sido autoría de lord Wordust, ya lo sabía desde hacía ocho años—. Por eso te fuiste —musitó acunándola contra su pecho—. Lo hiciste por ese motivo y no porque querías casarte con ese hombre.

—Yo te amaba a ti —sollozó—. Siempre has sido tú, Will.

Él la abrazó con fuerza. Un abrazo en el que ambos lloraron sin cesar, conscientes de que ya habían derramado suficientes lágrimas desde su encuentro, y de que aquellas serían las últimas.

William la alzó y la condujo hasta la cama para sentarla y colocarse entre sus piernas. Se disponía a besarla con ardor cuando la duda que lo había perseguido hasta entonces lo detuvo.

—Bella —susurró, mirándola con urgencia—, entonces no comprendo...

—Shh —lo interrumpió ella—. Lo sé, y te contaré lo que quieras saber.

Él meditó aquella oferta.

No era algo para tomar a la ligera pensó. Por un lado, no tenía ningún derecho a reprocharle haber mantenido una relación marital cuando, gracias a ello, tenía un hijo por el que él mismo sentía algo especial después de conocerlo.

—¿Lo amaste?

Le temblaba tanto la voz que se avergonzó de sí mismo, pero ella buscó sus manos y las besó con ternura y amor; ese amor que jamás había dejado de existir.

—Fue un buen hombre, Will, cuidó muy bien de mí —le dijo con tacto—. Nunca hubo amor por ninguno de los dos, pero sí mucha comprensión. Él necesitaba un hijo al que heredar todo lo que tenía, y yo cumplí mi deber como esposa. Después de la llegada de William, me confesó que estaba enfermo y que su intención no era obligarme a compartir el lecho si ambos lográbamos cumplir con el propósito de nuestro matrimonio.

William le dio la espalda, intentando comprender aquello con la lógica que ella lo explicaba.

—Fuimos buenos amigos, nada más.

—¿Crees que eso me lo pone más fácil?

—Debería —gruñó tras él, obligándolo a volverse por su brusca respuesta—. Él no fue quien nos separó, sino mi padre. Y no podemos pasarnos la vida odiando a un fantasma. Charles Hooks

supo siempre de tu existencia —confesó, complacida al ver que su semblante se relajaba—, y a pesar de saber que vivía permanentemente pensando en otro hombre jamás fue cruel. Mi hijo es el único motivo por el que no daría marcha atrás. Pero si saber esto es demasiado para ti...

William calló sus palabras con un beso feroz que los dejó sin respiración. Cuando ambos abandonaron la firmeza del suelo para sustituirla por la comodidad de la cama las palabras sobraron y la ropa estorbó. No tardaron en estar cuerpo a cuerpo, unidos como uno solo, prometiéndose palabras de amor entre beso y beso y caricias que hacían estremecer sus almas.

—Ahora no hay nadie que nos separe —jadeó William mientras la hacía suya—. Y no voy a esperar ocho años más para tenerte para mí.

Sintiéndose amada y amándolo con la misma fuerza, Bella susurró lo único que su corazón ansiaba decir.

—No tendrás que esperar ni un día más.

Epílogo

Kinsberly Hall volvió a llenarse de vitalidad con dos miembros más en la familia. La brutal paliza que recibió William ocho años atrás se convirtió en centro de conversación y risas cuando todos relacionaron que había sido por amor y que, a su vez, tras aquello se había desencadenado la historia de Harley y lord Valldhort.

Bella lo reconoció como el hombre que había ayudado a Will, y no pudo mostrarse más agradecida y dispuesta a contar con detalles aquella noche, pues había sido una espectadora.

Lo curioso, pensó Will mientras observaba a lo lejos a toda la familia esparcida por el jardín aquella mañana de primavera, era que todo parecía haber pasado con el objetivo de que aquel momento existiera. Había llegado al punto de alegrarse por lo que había hecho lord Wordust, de lo que había permitido Byron al dejarla partir, y, sobre todo, de que Bella hubiese estado casada con Charles Hooks.

El pequeño William junto a Bella se habían convertido en su sombra y su mayor necesidad. Desde que se habían unido en matrimonio meses atrás, no se habían separado ni un segundo, conscientes de que tenían mucho que recuperar. De hecho, si no venía ya en camino, no tardaría en tener un tercer miembro en su repentina familia propia.

—¿Observando para pintar otro cuadro?

Will esperó a que Byron estuviera junto a él para dedicarle una media sonrisa.

—Eres un adicto de mi arte.

—Me declaro culpable —bromeó.

Compartieron un cómodo silencio mientras ambos admiraban la escena que se desenvolvía ante ellos.

—Papá y mamá estarían muy orgullosos de cómo has mantenido su legado.

Byron cerró los ojos ante el cumplido, intentando disimular la emoción que lo embargaba.

—Lo están de todos y cada uno de nosotros.

—No sé si mamá lo esté de mí —confesó Will en voz baja—. Estaba tan concentrado en huir de lo que me había pasado que no vine a despedirme de ella.

—Ella mejor que nadie sabía que debías curar una etapa, hermano.

William lo miró de soslayo.

—Nunca me abandonaste —musitó—. Siempre cuidaste de mí cuando me fui.

Byron asintió, quitando peso al asunto con un gesto de la mano.

—Me saliste muy caro, mocoso, espero que me devuelvas hasta el último penique.

Las risas que compartieron llenaron de paz por completo el corazón de William. No podía negar que había sentido resentimiento durante mucho tiempo hacia su hermano mayor, pero en aquel instante, mientras observaba a sus hermanas con sus respectivos maridos, fue más consciente que nunca del verdadero motivo.

—Te culpaba por haberme arrebatado la posibilidad de tener un amor tan grande como el que tenéis todos vosotros.

Byron sabía que no se lo decía a él directamente, sino que aquella era la última herida abierta que había en su interior, y por fin había encontrado la forma de curarla.

Con orgullo, Byron miró el perfil de su hermano menor; un caballero, un adulto, un guerrero más del amor en aquella familia.

—Tienes la historia más valiosa que podías pedir —musitó mientras William observaba enamorado a su esposa jugar con su hijo—; la que resiste el tiempo y los obstáculos.

FIN

Nota de autora

Ha sido para mí todo un experimento crear una saga. Relacionar los personajes entre las diversas novelas ha sido realmente emocionante, y me ha gustado mucho más de lo que imaginaba. Entre sus complicaciones, puedo destacar el deseo que estoy frenando con fuerzas de no crear una historia de cada uno de los descendientes de nuestros protagonistas. No sé vosotras, pero me he enamorado de cada uno de los bebés, al igual que de sus padres.

Los Kinsberly han marcado un antes y un después en mí, y espero que sus historias de amor os hayan hecho emocionar y acelerar el corazón en algún momento entre estas páginas.

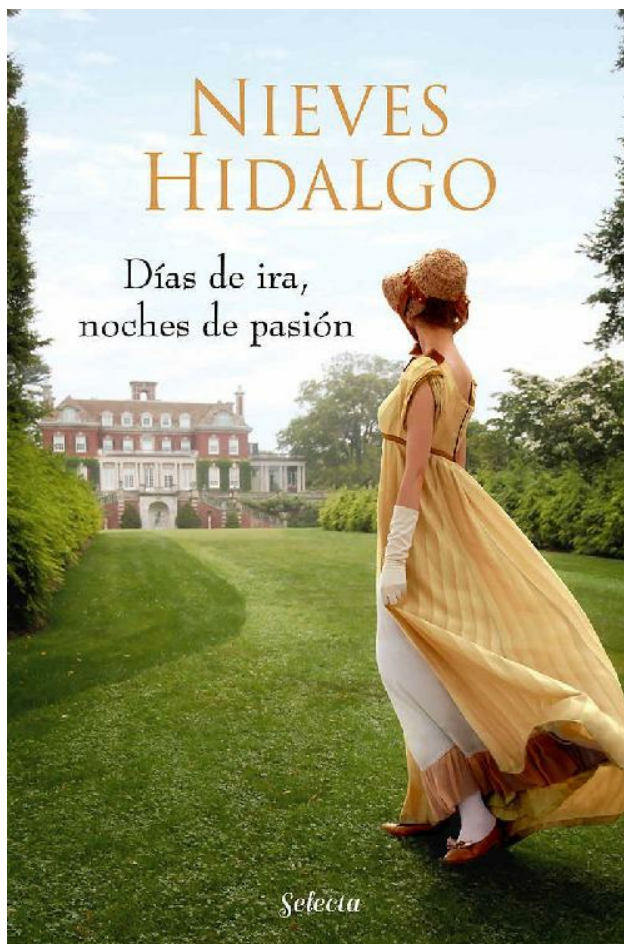
Si te ha gustado

El retorno de un sentimiento

te recomendamos comenzar a leer

Días de ira, noches de pasión

de *Nieves Hidalgo*



Prólogo

Londres, enero de 1813

Había cometido un error.

«Posiblemente, el más grande de tu vida, Sabrina», se recriminó mientras veía alejarse, con los ojos brillantes por las lágrimas y un dolor opresivo en el pecho, el carruaje en el que iba el hombre al que nunca podría aspirar. Porque ella era una mujer sin futuro y él, un caballero. Había sido solo un sueño. Maravilloso, sí, pero solo eso: un sueño que duró hasta el amanecer, cuando escapó del cuarto a hurtadillas para no despertarlo.

Se le encogió el alma al imaginar los peligros a los que iba a estar expuesto.

«¡Maldita guerra y maldito Napoleón!»

Las confrontaciones duraban ya demasiado y eran muchos los jóvenes ingleses que habían perdido la vida en los distintos campos de batalla. Imaginárselo a él en medio del fuego enemigo le provocó un vahído. Nunca entendió por qué los hombres eran tan absurdos y veían la guerra como un juego. Se iban para alcanzar honor y gloria, decían. Pero unos regresaban lisiados y otros... Otros no volvían nunca y yacían enterrados en cualquier zanja. Elevó una oración por él y acudió a la insistente llamada de la mujer que, en su infinita bondad, le había dado un hogar. De eso hacía ya siete años, cuando quedó huérfana tras el incendio que se llevó la vida de su madre.

Estaba enamorada de ese aristócrata desde el primer día en que lo vio entrar en la posada, donde trabajaba para pagarse comida y cama, acompañado por algunos jóvenes y bullangueros amigos. No le eran ajenos ese tipo de petimetres que iban a degustar el buen vino y los excelentes platos del local. Y no le agradaban. Pero aquel día, el corazón le había dado un vuelco y seguía dándose cada vez que él aparecía por allí, a veces solo, a veces acompañado.

—¿Quién es el del cabello de color cobre al que llaman el Barón, señora Neeson?

—Alguien a quien no debes acercarte, muchacha. Todos ellos son iguales —dijo, torciendo el gesto—: señoritingos que solo se preocupan de sus juergas y de encandilar a cuanta mujer se les pone a tiro. Hazme caso y no te dejes ver por ellos, eres demasiado bonita para la boca de esos asnos.

Jamás les sirvió, ni siquiera se acercó. Aunque cayó en la tentación de espiarles desde el piso superior cuando estaban en la posada, se mantuvo alejada porque no era su cometido atender a los clientes y porque, además, creía en el buen criterio de Cadence Neeson. Gracias a su ángel de la guarda y patrona, ella se limitaba a arreglar las habitaciones, procurar que no faltara nada en la despensa y planchar la ropa blanca. Si por su esposo hubiera sido, no solo habría hecho las veces de camarera, sino que estaría dispensando otro tipo de «servicios» a los clientes que solicitaban algo más que vino y comida, como hacían Freda y Josleen, las otras muchachas que dormían con ella en el mismo cuarto. Jack Neeson renegó de ella desde el principio y el aborrecimiento era mutuo, pero a él no le quedaba más remedio que plegarse a los deseos de su esposa porque, por mucho que intentara hacerse el gallito, ella tenía más redaños que él y siempre acababa por salirse con la suya.

Sí, estaba protegida por aquella buena mujer, pero ¿seguiría prestándole su cariño y apoyo si supiera lo acontecido la noche anterior? Aún no se explicaba qué demonio la poseyó para hacer algo tan indecoroso; enrojecía de vergüenza al recordarlo. No se arrepentía, pero tampoco se sentía orgullosa de su falta de decencia. Sin embargo, tras escuchar a medias la conversación en la que se hablaba sobre la marcha de algunos del grupo a tierras alemanas —y él era uno— a fin de ponerse a las órdenes de un militar prusiano para luchar contra Bonaparte, tomó la audaz decisión de no dejarlo desaparecer de su vida sin conocer sus besos. Nunca la habían besado y quería que su primera experiencia fuera con él. En un momento de enajenación había cruzado los límites y, aprovechándose de que él había bebido algo más de la cuenta, se coló en el cuarto donde iba a pasar la noche, amparada por la penumbra.

Lo que empezó como la curiosidad por saber cómo sería un beso suyo, acabó en una entrega total y sin remordimientos. Él la confundió con una de las otras muchachas y ella se dejó seducir por esa voz templada, esos labios que le hicieron conocer la gloria y unas manos que despertaron en ella sensaciones desconocidas.

En ese momento, sin embargo, sí que le corroía el alma. Pero no por haber estado en su cama y disfrutado de sus caricias, sino porque el alcohol, la oscuridad y, sobre todo, la distancia, harían que él se olvidara de una mujer de una sola noche.

1

Londres, 1818

Julius trató de colocarse el pañuelo de la forma que le gustaba sin conseguirlo. Su ayuda de cámara sufría uno de sus achaques, los años empezaban a pasarle factura, como a él mismo. Dejó escapar una palabrota entre dientes y escuchó una risa femenina a su espalda. Se volvió y se le evaporó el fastidio como por ensalmo; cualquier inconveniente se volatilizaba cuando ella aparecía.

—Echa una mano a este pobre anciano en lugar de divertirme a mi costa.

La joven se acercó, deshizo la lazada y volvió a anudarla, esa vez del modo que quería, y él asintió complacido al mirarse en el espejo.

—No sé qué haría sin ti, Sabrina.

—Pues conquistar a otra dama que ocupara mi lugar —bromeó ella.

Como sabía muy bien lo alejada que estaba su respuesta de la realidad, se limitó a tomarla del

codo y juntos bajaron al piso inferior. Julius solo hacía gala de esa cercanía cuando estaban a solas, la joven insistía en ello para no dar que hablar, aunque todos los habitantes de la casa sabían de su debilidad por ella. Sus años mozos quedaron atrás hacía mucho y, aunque no negaba que se pudo tachar su conducta como la de un libertino, el tiempo acababa por poner a todos en su lugar. Solo sentía cariño y admiración por Sabrina y, desde luego, le hubiera gustado que perteneciera a su familia.

El mayordomo les abrió la puerta y accedieron al comedor, donde ya les aguardaba Charleen, una auténtica princesa de cabello oscuro que les dedicó una sonrisa deslumbrante al verlos entrar. Sabrina había puesto una y mil pegas a que ellas le acompañasen, pero Lancashire zanjó la cuestión haciéndole comprender que detestaba comer a solas. Tuvo que claudicar, no sin dejar claro que no se encontraba cómoda porque, bajo ningún concepto, quería dar la impresión de ocupar un lugar que no le correspondía.

El conde se acercó a la niña, besó su coronilla y apartó luego la silla de Sabrina para, a continuación, ocupar él la suya a la cabecera de la mesa. Sabrina, en principio, no se sentó, sino que se acercó al mueble donde los criados habían depositado varias bandejas y procedió a servirles el desayuno, como hacía cada mañana.

Mientras escuchaba en sordina las preguntas de Charleen a su madre, Julius pensó que era un hombre muy afortunado. Al final de su vida, la llegada de ambas supuso un haz de luz en medio de la oscuridad. Volvía a sentirse útil y disfrutaba de cada minuto a su lado. El cariño que le demostraban lo rejuvenecía, como si las manillas del maldito reloj hubieran girado hacia atrás. De no haber sido por la discusión con Colin, su sobrino, que le hizo abandonar la fiesta en la que se encontraban...

A su memoria regresó esa noche lejana, en la que su existencia dio un vuelco completo.

Cinco años antes

Cabizbajo, prescindiendo de tomar el carruaje que le esperaba y sin fijarse hacia dónde le encaminaban sus pasos, sabiendo que el cochero le seguiría a poca distancia para cuando quisiera subir, se decía que la vida era injusta con él. El accidente que acabó con la vida de su hermanastra y su esposo le obligó a hacerse cargo de un joven débil de carácter, jugador empedernido y perdedor endémico, a cuyas deudas hacía frente para que no acabara en prisión. Helen y él nunca habían tenido una relación demasiado cercana debido a la diferencia de edad, casi veinte años, pero Colin era su sobrino y no podía desentenderse de él. Sin embargo, lejos de agradecer sus desvelos, de tener un futuro ejerciendo su carrera como abogado, o de intentar corregirse, el joven iba de mal en peor.

Otro problema, que lo consumía, era su nieto. Kenneth se alistó en el ejército y nada sabía de él, salvo que había tomado parte en la batalla de Leipzig. Solo el nombre de aquel lugar le daba escalofríos: según los diarios, el enfrentamiento había sido, de lejos, el más cruento desde el

inicio de la guerra contra Napoleón, si es que en un conflicto bélico podía haber alguno que no lo fuera. Dado que las tropas recibían órdenes de marcha y cambiaban su ubicación con frecuencia, era muy complicado intercambiar cartas, pero casi era mejor así, no saber nada, porque se evitaba la posibilidad de recibir malas noticias. Pero no podía eludir la zozobra. De manera que entre su sobrino y su nieto le estaban quitando años de vida.

Cuando quiso darse cuenta, se encontraba junto al Puente de Londres. Siempre le gustó pasear por allí de noche, cuando el ajeteo diario desaparecía y solo se escuchaba el murmullo del agua y el sonido monótono de los remos de alguna que otra embarcación. Pronto habría cambios en la zona; se desarrollaban proyectos para la construcción de uno nuevo, adaptado a las urgentes necesidades, algunos metros río abajo. El progreso no podía frenarse y la ciudad exigía que se ampliara para dar cobertura a las demandas presentes, evitando la saturación y dotando de mayor seguridad al tráfico fluvial y al de superficie.

Dio una patada a una botella vacía que comenzó a rodar hasta caer del puente. Se asomó y observó que debajo, en la orilla del río, había una muchacha cuya figura iluminaba un claro de luna que se escapó del cielo nublado. Advirtió que vestía poco más que harapos y se cubría con una desgastada toquilla, ondeaba tras ella su cabello largo y suelto, negro, como la misma noche, y permanecía inmóvil frente al agua.

Creyó que la malsana intención de la joven era lanzarse a las turbulentas y hediondas aguas del Támesis.

Su corazón comenzó a retumbarle en el pecho al imaginar la posibilidad de que ella decidiera tirarse, ante todo porque su escasa habilidad para nadar, a la que se unían sus muchos años, no le permitirían salvarla de una muerte segura. Se acercó con premura hacia ella, pero cuidando de no alarmla.

—Señorita, por favor, es una temeridad estar aquí a estas horas. —Al escuchar la voz, ella se volvió en redondo, asustada, y retrocedió un paso que la acercó un poco más a la orilla e hizo que al conde se le pusiera un nudo en la garganta—. Haga un favor a este pobre viejo y no me obligue a lanzarme al agua, porque de ser así, es probable que yo no pudiera rescatarla y, si no me ahogo, pillaría una pulmonía que me mandaría junto al Creador más pronto de lo que querría.

Obtuvo como respuesta una media sonrisa descreída, tan triste que le llegó al alma. Pero sirvió para que la muchacha se aproximara un poco a él, que fue consciente entonces de su avanzado estado de gestación.

—Yo soy buena nadadora y si se cayera al río, caballero, no tendría problemas en acudir a socorrerlo.

Más tranquilo porque sus sospechas carecieran de fundamento y porque, a pesar de la melancolía reflejada en su rostro mantuviera la entereza, le devolvió la sonrisa y le tendió una mano, que ella aceptó de buen grado.

—Julius Baker, a su servicio.

—Sabrina Klever. —Estrechó su mano con vigor, lo que le agradó.

Caminaron codo con codo por la orilla del río. Julius ardía en deseos de saber más de aquella joven desconocida que le intrigaba y ella no tenía problemas en hablar; muy al contrario, parecía necesitar sincerarse con alguien, por más que ese alguien pudiera despedirse de ella poco después y no volver a verlo nunca.

—¿Así que la han echado de allí por su embarazo? Entiendo, entonces, que no hay un señor Klever.

—No, no lo hay.

—¿Murió?

—Nunca me casé. Me enamoré, así de simple, y no pensé en las posibles consecuencias. Pero no quiero hablar de eso, señor, es agua pasada. Tampoco me gustaría que pensara que soy una mujer sin principios que...

—Criatura —interrumpió él—, ya soy viejo y he rodado demasiado como para arriesgarme a opinar sin tener conocimiento de las circunstancias personales.

—No fue eso lo que pensó mi patrón.

—El típico proceder de un pequeño dictador de mente estrecha.

—Su esposa era una buena mujer, pero él ha tardado menos de una semana en echarme a la calle; ni siquiera esperó a que el cadáver de su mujer se enfriara.

Continuaron caminando durante unos minutos, alternando la charla y los silencios. El cielo plomizo amenazaba tormenta y poco después, cercanos ya a la catedral, les sorprendió la lluvia. De inmediato, Julius le pidió que le permitiera conducirla hasta su carruaje, abrió la puerta y la invitó a subir. La muchacha se paró un momento, recelando del ofrecimiento.

—Una cena reparadora, una cama con sábanas limpias y un trabajo con un jornal decente. Eso es lo que te puedo ofrecer. En cuanto a mí, no te preocupes, ya no estoy para pensar en faldas; la única mujer que me interesó en la vida fue mi esposa, y murió al nacer mi hijo.

Nada más y nada menos: la promesa de una nueva vida. Y ella, que ni sabía dónde iba a pasar aquella noche, con el frío en los huesos y el estómago tan vacío que le dolía, pensó en su bebé y tomó la mano que le tendía aquel hombre para subir al coche.

—No tendrá queja de mi trabajo a pesar del embarazo, señor —aseguró con lágrimas de agradecimiento en los ojos, unos ojos que bajo la luz del candil del interior le parecieron a Julius de color violeta.

—No es necesario que empieces a trabajar hasta que...

—No, no, comenzaré de inmediato. Estoy bien y no seré una carga para nadie. Sin esta condición, le agradeceré su atención durante estos minutos y seguiré mi camino.

Él se la quedó mirando, valorando su expresividad y la decisión con que afrontaba su futuro, y estuvo seguro de que no se trataba de una mujer vulgar por el modo en que se expresaba. Podría haber trabajado en una posada, tal como le había comentado, pero no era eso a lo que aspiraba. Había en ella una cierta cualidad, de carácter y quizá de clase, de esa que se adquiere al nacer y no desaparece a pesar de los avatares de la vida. Otra, en su lugar, hubiera estado más que

encantada de aprovecharse de un carcamal como él. Pero Sabrina Klever, no, ella mostraba agallas. Tantas, como para apearse y echarse de nuevo al camino si no había reciprocidad en su trato.

—¡Demonios!

La inesperada expresión de la niña, a la que se le acababa de caer una gota de chocolate en el mantel impoluto, hizo que regresara al presente.

—¡Charleen! —amonestó Sabrina—. ¿De quién has aprendido ese lenguaje?

—De milord —contestó ella con toda candidez.

A Julius se le escapó una carcajada que disimuló de inmediato con un ataque de tos. Se cubrió la boca con la servilleta y se encogió de hombros cuando la joven lo reprendió con la mirada.

—Milord puede decir ciertas cosas, tú no.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo decir «demonios»? La señora Falcon asegura que son feísimos, que están en el infierno, y que por eso debo portarme bien, para no conocerlos.

—Por mucho que te hayan hablado de ellos, no es vocabulario para una señorita, princesa —intervino el conde.

—¿Por qué?

—Las niñas deben ser educadas —respondió su madre a la segunda de las mil preguntas que haría ese día porque su curiosidad, como la de cualquier pequeña, era inagotable.

—Lina dice que yo soy una mezcla de niña y saltamontes. ¿Los saltamontes deben ser también educados?

Sabrina tuvo que disimular la risa. Lina, una de las criadas de la mansión, adoraba a Charleen y no tenía valor para negarle nada; eso le había llevado en más de una ocasión a tener que pedir ayuda al encargado de las caballerizas, con quien le gustaba tontear, poniendo a la niña de reclamo.

—No sé si tienes una parte de insecto, pero desde luego eres como una plaga. Anda, acaba de desayunar, que se hace tarde y la señora Taylor debe de estar ya esperando.

—¡Jopé!

—¡Charleen!

—¿Tampoco se puede decir «jopé»? —preguntó la niña con sus hermosos ojos de color avellana abiertos como platos—. ¡Pues vaya! Y ¿por qué tengo que aprender tantas cosas? Es muy aburrido. ¿No podemos ir a pescar, milord?

—Primero, a estudiar; esta tarde, ya veremos. Todo depende de cómo te portes.

La niña se acabó el chocolate, se limpió con la servilleta y pidió permiso a su madre con la mirada para levantarse de la mesa. Una vez obtenido, saltó de la silla y le echó los brazos al cuello a Julius, dándole acto seguido un sonoro beso en la mejilla.

—¡Gracias!

Salió a la carrera, como el remolino que era, dejando a ambos con el gesto bobalicón que provocaba su ingenuidad.

—No llegará a ser nunca una señorita como es debido si sigue escuchándole decir palabrotas.

—Una buena imprecación a tiempo hace milagros, Sabrina —bromeó el anciano—. Deberías copiar a tu hija y olvidar ese aire tan estirado que luces siempre.

—No tiene usted remedio, milord. —Sonrió—. Se empeña en contratarme un profesor que me convierta en una dama, muy a mi pesar, y luego me recrimina que siga sus indicaciones.

—Dama ya lo eras desde la cuna, el señor Leone solo trata de que no olvides lo aprendido.

—Reconozco que mi italiano no era demasiado fluido —aceptó—. ¿Contaremos con su presencia a la hora de la comida, milord?

—Intentaré volver a tiempo, pero no te prometo nada, Peter Lawson es muy quisquilloso con los documentos legales.

—Podría haberle hecho venir aquí, en lugar de tener que desplazarse a la ciudad.

—Tengo algo que comprar y quiero hacerlo por mí mismo.

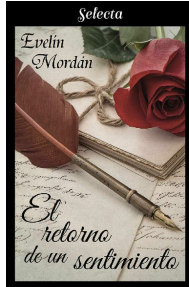
—Espero que no sea un nuevo juguete para Char, no es conveniente que le dé tantos caprichos.

—No es conveniente, no es conveniente... Siempre con remilgos. Relájate, Sabrina. A la niña no le va a hacer daño tener un poco más de mobiliario para su casa de muñecas. Ya tendrá tiempo de comportarse, ahora es una criatura y tiene que disfrutar. ¿Es que tú no lo hiciste cuando eras pequeña?

Ella se limpió los labios con la servilleta y, sin contestar, abandonó su asiento. Se acercó a él y, como hiciera la pequeña, besó la arrugada mejilla del conde de Lancashire.

—A veces los recuerdos más hermosos son los que provocan mayor tristeza, milord.

Una historia sacudida por el tiempo. Un sentimiento que se niega a dejar de existir.



Amar nunca había sido tan importante para alguien como para William Kinsberly, el último de una familia llena de historias de amor en la que comenzaba a sentirse fuera de lugar. Pero cuando conoce a la mujer que despierta en él los mejores sentimientos, un siniestro suceso amenaza con arrebatar de su vida la oportunidad de ser feliz.

Enamorada y destrozada, lady Bella Wislow es obligada a marcharse lejos para cumplir con el deber para con su familia, en la que no es aceptado un hombre sin título ni posesiones. Cuando varios años después se ha resignado a su destino, volver a ver al hombre que ama hará surgir secretos que jamás pensó revelar.

Evelin Mordán. Nací el 9 de noviembre de 1994 en la República Dominicana, pero desde los tres años vivo en España, en Barcelona, ciudad en la que he cursado los estudios superiores. Mi vida dio un giro completamente cuando a los catorce años leí un libro de Laura Gallego García: *La emperatriz de los Etéreos*. La autora cautivó todos mis sentidos y transformó una chica que odiaba los libros en una joven que de pronto no podía vivir sin ellos. Pero fue un poco más tarde, al leer por primera vez una novela de Romance Histórico, cuando me descubrí a mí misma. *A Sir Phillip, con amor*, de Julia Quinn, me transportó a una Inglaterra desconocida para mí en la Historia.

Edición en formato digital: febrero de 2020

© 2020, Evelin Mordán

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-23-4

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

El retorno de un sentimiento

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Segunda parte

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Epílogo

Nota de autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Evelin Mordán

Créditos